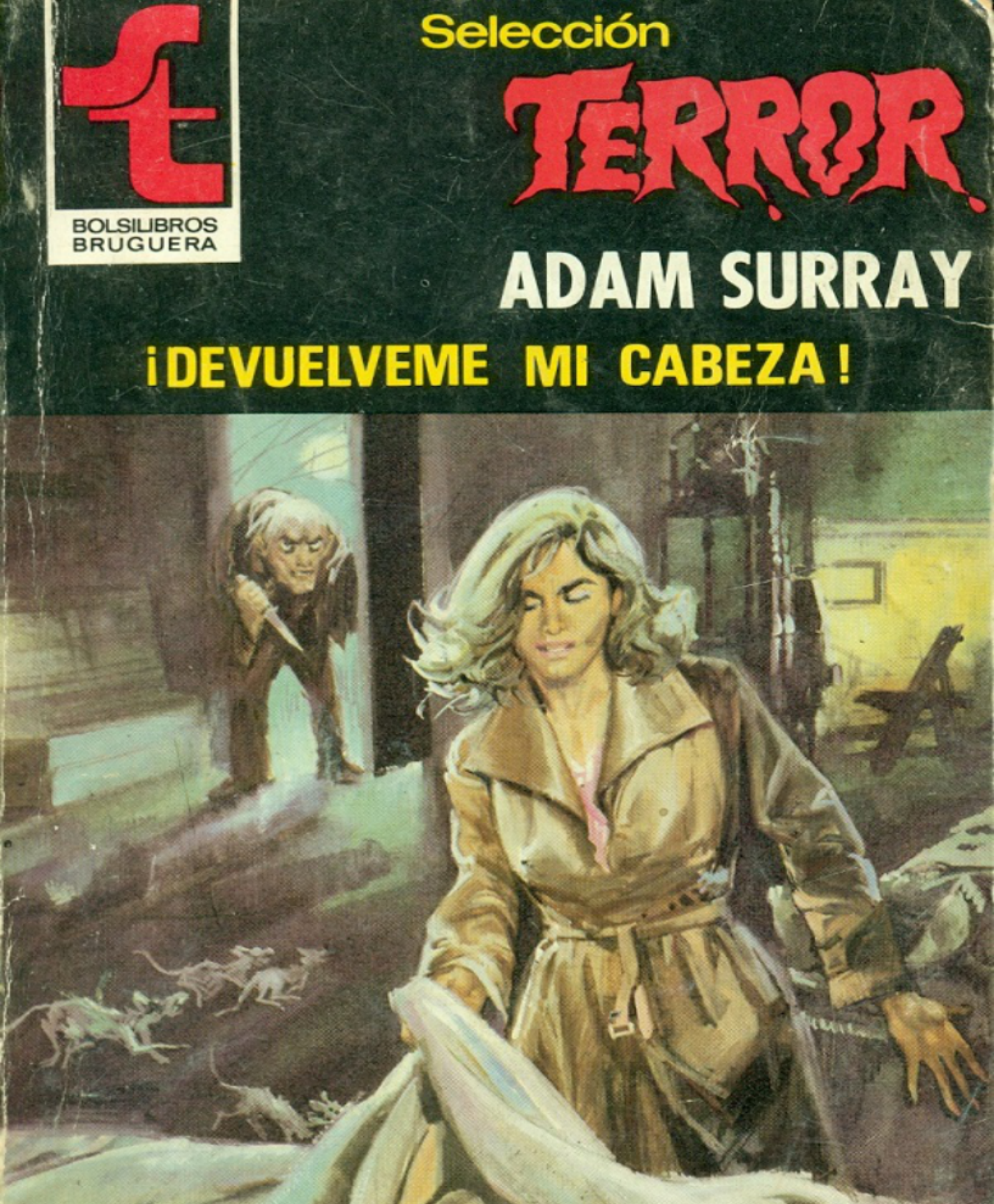


Selección
TERROR
BOLSILIBROS
BRUGUERA
ADAM SURRAY
¡DEVUELVEME MI CABEZA!
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

391 — ¡Morded, vampiros, morded!, *Joseph Berna*.
392 — La muerte tiene ojos, *Ada Coretti*.
393 — El final del miedo, *Clark Carrados*.
394 — En estado de muerte, *Lou Carrigan*.
395 — Satán deja su huella, *Clark Carrados*.

ADAM SURRAY

¡DEVUELVEME MI CABEZA!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 396
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.256 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Debra Sagal.

Una diosa de ébano.

Cautivadora.

Sensual...

En una danza que parecía dotada de los más ancestrales ritos de la selva africana.

Pero aquello no era África, sino Nueva York.

Una jungla muy diferente.

Más peligrosa que la mismísima selva africana.

Y Debra no bailaba para las tribus de los Dahomey, Tonga, Bagali. Nama Swahili...: aunque los espectadores sí eran salvajes.

Al menos se comportaban como tales.

—¡Así, nena, así...! ¡Muévete más...!

—¡Desnúdate de una condenada vez...!

El rugir de la poco distinguida clientela del *Screw* era ensordecedor. Apenas se podía oír la música.

Debra parecía ajena a los aullidos y obscenidades que le dedicaban.

Continuaba danzando.

Rítmicamente.

En desenfrenado baile que hacía oscilar sus senos protegidos por un sujetador de flecos. También la corta falda adornada con flecos. Un dos piernas que simulaba torpemente una vestimenta africana.

El liso y desnudo vientre en continuo vaivén intercalado con trepidante mecer de las caderas. La cimbreante cintura en voluptuoso ondular.

La negra piel brillante por el sudor.

Su rostro igualmente perlado por diminutas gotas de sudor. Facciones perfectas. La boca grande, de carnosos labios que incitaban a la lujuria.

Aquellos gordezuelos labios sonreían al público.

Asomando la punta de la lengua en obsceno mohín.

Y los ojos de Debra desmentían aquella sonrisa. En ellos únicamente se reflejaba un marcado desprecio y asco.

La estridente música cesó.

También se acallaron comentarios y gritos.

Había llegado el momento culminante del show.

Una lenta melodía acompañaría al «strip-tease».

Debra llevó sus manos a la espalda tirando del anudado lazo. El sujetador de flecos cayó a sus pies. Sobre la circular pista.

Fue coreado por gruñidos de complacencia.

De nuevo el tam-tam.

Otra vez la frenética danza.

Los senos de la muchacha, erectos y puntiagudos, comenzaron a subir y

bajar descompasados. Más de un espectador quedó bizco al tratar de seguir con la mirada el movimiento de aquellos salientes pezones.

El tam-tam enmudeció retornando la pegadiza música.

Debra introdujo los pulgares bajo el elástico de la corta falda. La deslizó lentamente bajando también el unido slip. Se ayudó con sensuales movimientos de cadera. Al caer sobre sus tobillos, el silencio reinante se tornó en aplausos y aullidos de entusiasmo.

Fue un espectáculo muy fugaz.

La desnuda diosa de ébano desapareció de la pista con rapidez.

El foco centrado sobre la pista se eclipsó encendiéndose las luces habituales del local.

Muy pocas.

The Screw seguía una rigurosa campaña de ahorro energético. La poca iluminación, el humo del tabaco, el olor a bestia humana entremezclado con perfume barato componían uno de los principales atractivos del establecimiento.

La orquesta, formada por cuatro tinosos individuos, iniciaron su habitual y escaso repertorio.

Algunas parejas saltaron a la pista.

Las chicas de *The Screw* emprendieron con fingido entusiasmo su deambular a la caza de clientes.

Steve McLeod, acodado en el mostrador, encendió un cigarrillo.

Le había gustado el «strip-tease».

Debra no había cambiado.

Continuaba siendo algo fuera de serie. Digna de actuar en el mejor de los night clubs neoyorquinos.

También él se consideraba capacitado para escribir en el New York Daily News y sin embargo trabajaba como corredor literario en una editorial de mala muerte.

Sí.

La vida está llena de injusticias.

—Dame otro whisky. Cara de Sapo.

Samuel Scott llevaba siete años tras el mostrador de *The Screw*. En Su primer día de trabajo un cliente borracho le llamó cara de sapo. Y desde ese mismo instante ya todos le llamaron Cara de Sapo. Lo gracioso es que Samuel Scott no tenía cara de sapo, sino de caballo.

Otra injusticia más.

—Hola. Steve. Gracias por acudir a mi llamada.

McLeod giró en el taburete.

Enfrentándose a Debra,

La mulata lucía una gabardina ligera anudada a su cintura de odalisca.

—¿Nos vamos?,

—Sí. Steve. He solicitado permiso, del jefe. Ya he terminado por esta noche. Cuando quieras.

McLeod arrojó unas monedas hacia Cara de Sapo.

Abandonó el local en compañía de Debra.

—Tengo ahí mi auto. Aquel «Mercury».

—¿Qué has hecho de tu aerodinámico «Corvette»? —sonrió la bella muchacha de color.

—Me desprendí de él. Demasiado llamativo. Ya sabes que soy un tipo que gusta de pasar desapercibido.

—Seguro. Me costó comunicar contigo. Parece que te escondas.

—Eso es precisamente lo que hago. Esconderme del casero, del corredor de apuestas...

—¿No te marchan bien las cosas?

—Como siempre.

—No creí que se fuera tan mal...

Steve McLeod rió palmeando el trasero de la joven, —Me gustas. Debra. Eres una chica con sentido del humor.

Se acomodaron en el interior del Mercury. Un «*Bobcat*» break de tres puertas y cuatro plazas.

—Llévame a casa, Steve. Quiero enseñarte...

—Un momento, un momento... —interrumpió McLeod—. ¿Qué significa esto? Hace dos meses que no nos vemos y ni tan siquiera un beso de saludo. ¿Es esa forma de tratar a un viejo amigo?

Debra sonrió ladeándose en el asiento.

Aproximó su rostro al de McLeod.

Con los labios entreabiertos.

Steve McLeod se volcó sobre ellos en apasionado beso. Deslizó su zurda hacia los senos femeninos, pero fue rechazado.

—Es suficiente como saludo, Steve.

—¿Sabes una cosa. Debra? He encontrado tus labios un poco fríos.

—¿Fríos? No, Steve. Contigo jamás puedo estar fría. ¿Tienes un cigarrillo?

McLeod le ofreció la cajetilla de «*Now*».

Puso en marcha el «Mercury».

El vehículo circuló por el laberinto de sucias calles que bordeaban el East River.

En dirección a Bixby Road.

—Estás en dificultades, ¿verdad, Debra?

La mulata clavó sus ojos en McLeod.

Con admiración.

No admiración física, aunque Steve McLeod podía incluso considerar como un tipo atractivo.

Veintiocho años de edad. Pelo negro. Cejas marcadas, nariz recta, boca de finos labios y mentón firme. De complexión atlética. Sus movimientos, aparentemente cansinos, encerraban una agilidad felina.

Vestía chaquetilla en tejido vaquero ribeteado con pespunte blanco, pantalón del mismo tejido y camisa a rayas.

Steve McLeod estaba catalogado como periodista maldito.

Desde el año 1980.

Cuando fue enviado por la Doyle Press a Teherán. Con nacionalidad y pasaporte falso. McLeod era reportero de acción. Un suicida de la información. La Doyle Press confiaba mucho en aquel joven y audaz periodista.

No les defraudó.

Steve McLeod salió de Teherán por pies, pero con un buen dossier.

En la Doyle Press todavía están asombrados por aquellos artículos. Un reportaje que jamás fue publicado.

Steve McLeod no había intentado comunicarse con los rehenes de la embajada ni el contactar con los enemigos del ayatollah Jomeini. Se limitó a buscar las causas y orígenes del conflicto.

Y el incauto Steve McLeod confeccionó un dossier de las operaciones de espionaje USA en el Irán.

Muy bien documentado.

La Doyle Press pasó el informe a la CIA.

Y la Central Intelligence Agency se encargó de que Steve McLeod no encontrara trabajo en ningún periódico del estado de Nueva York.

Aquel asunto ya había quedado atrás, pero pese al tiempo transcurrido la CIA no olvidaba.

De ahí que McLeod deambulara de un empleo a otro.

Actualmente como corrector de estilo en una editorial.

Y sólo le faltaba vender enciclopedias a domicilio.

—¿No contestas a mi pregunta. Debra?

La muchacha sonrió.

—Estaba pensando. Me asombra el que me conozcas tan bien.

—Puedo leer en la cara del prójimo, Debra. Por eso tengo tan pocos amigos.

Habían llegado a Bixby Road.

Dentro del marginado The Bowery neoyorquino.

Descendieron del vehículo para adentrarse en un edificio viejo y de gris fachada.

Un vaho de humedad les envolvió.

No había ascensor.

Debra se despojó de la gabardina antes de iniciar la subida de la escalera.

Steve McLeod iba tras la joven.

Admirando el espectáculo.

Debra lucía un provocativo mini vestido de punto. Muy ceñido. Muy cortito... Cada escalón mostraba con generosidad los muslos femeninos.

Cuarta planta.

Debra introdujo la llave en la cerradura.

El apartamento contrastaba con el ruidoso aspecto exterior de la casa. Ya el living, paredes empapeladas en terciopelo, causaba magnífico efecto con el

taquillón de entrada y el artístico espejo.

También el salón suntuosamente amueblado.

—¿Sigues sola. Debra?

La mulata arrojó la gabardina sobre una de las sillas.

Enfrentó su mirada a McLeod.

—Sabes que decidí no volver a tener ninguna otra compañera de apartamento.

—Ya han transcurrido dos meses de la muerte de Elizabeth —dijo McLeod dejándose caer en el largo sofá—. Además.... ¿por qué iba a ser una compañera? Cientos de fulanos se disputarían el vivir contigo.

—¿De veras? Tú rechazaste mi sugerencia. Steve. Olvidas que te invité a compartir el apartamento después de la muerte de Elizabeth?

—Yo soy racista, Debra. Te lo he demostrado en muchas ocasiones, ¿no?

La muchacha rió en cantarina carcajada.

Fue hacia el mueble bar.

—¿Whisky?

—Sí. Me quitará el sabor del que tomé en The Screw. ¿Por qué diablos sigues en ese tugurio?

—Por la misma razón de que tú trabajas en la Salkow Imprenta.

—Ya no estoy allí. Ahora trabajo en una editorial. Con peor sueldo y bajo las órdenes de un jefe con úlcera.

—Prosperas.

—Siempre he sido un individuo ambicioso.

La joven se acomodó junto a McLeod portando los dos vasos de whisky.

—Por nosotros. Steve. Por los viejos tiempos... ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

—Seguro.

—Miss Manhattan. Doce bellezas en la pasarela para conseguir el preciado galardón. Periodistas de los principales medios de comunicación presentes en la gran final. Y un tal

Steve McLeod echa por tierra el concurso al acusar a los organizadores de corrupción y trata de blancas.

McLeod sonrió.

—Era la verdad. Debra.

—Lo sé. Elizabeth y yo no íbamos a ganar el título, pero uno de los organizadores ya nos había propuesto una gira... artística por países sudamericanos. Una tapadera para la prostitución.

—Esos no son recuerdos gratos. Debra. Lo hemos pasado muy bien. Tú, Elizabeth y yo. Tres fracasados que se reían de todo.

—Incluso de la muerte. ¿Recuerdas el rostro de Elizabeth después de ser aplastada por el tráiler? El pecho hundido, destrozado el vientre...

—Y nos. sonrió desde los umbrales de la muerte.

—Elizabeth no ha muerto, Steve.

—Por supuesto que no. Sigue viva en nuestro corazón. Sólo han

transcurrido dos meses de su muerte, pero nunca...

McLeod se interrumpió al ver levantarse a la muchacha.

Debra abrió uno de los cajones de la mesa del televisor. Retornó junto a McLeod ofreciéndole un sobre.

Contenía fotografías.

En color.

En todas ellas aparecía una mujer. Joven. De unos veinte años de edad. De largo y sedoso cabello negro.

—No conocía estas fotografías de Elizabeth.

—¿Crees que es Elizabeth? —inquirió Debra, con leve inflexión de voz.

Steve McLeod entornó los ojos.

Sorprendido por la pregunta.

Extendió las fotografías sobre la mesa cercana al sofá seleccionando una de ellas.

—Aquí... en este primer plano de su rostro. Puede distinguirse la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda. Se la hizo en las pasadas Navidades, ¿recuerdas? Al caer del caballo. Tú y yo cabalgábamos detrás y... ¿Qué te ocurre. Debra?

La mulata entrelazaba nerviosamente sus manos.

Con atemorizada expresión reflejada en el rostro.

—Está viva, Steve... ¡Elizabeth está viva!

McLeod parpadeó.

—No digas tonterías. Los dos acompañamos su cadáver a la Morgue. Murió en el mismo lugar del accidente. En la autopista de Jersey City. Después de que aquel maldito camión aplastara su pecho, reventara el estómago extendiendo sus intestinos sobre el asfalto...

—¿Cuándo ocurrió eso. Steve?

—Pues... hace aproximadamente dos meses, ¿no?

Debra no contestó.

Rebuscó entre las fotografías.

Apartó una de ellas tendiéndola hacia McLeod.

Todas las fotografías habían sido tomadas en un jardín. Con la muchacha de largo cabello negro paseando o bien sentada en un balancín.

—¿Qué ves ahí, Steve?

—¿A qué jugamos?

—Por favor, Steve...

McLeod respiró con fuerza.

—Okay. Aquí está Elizabeth Duvall. Sentada y tomando el sol.

—Hay algo más. Fíjate en el periódico que está semidoblado a sus pies.

—El New York Times.

—No puede leerse la fecha, pero sí los titulares.

McLeod arqueó las cejas.

Súbitamente palideció.

Uno de los titulares, el que más destacaba, hacía referencia al accidente de

aviación ocurrido en el aeropuerto de Dallas.

Un suceso acontecido hacía exactamente dos días.

CAPITULO II

Steve McLeod forzó una sonrisa.

—Ciertamente el parecido es asombroso. Me engañó por completo. Creí que se trataba de Elizabeth.

—¿No es ella?

McLeod parpadeó.

Dirigiendo a Debra una perpleja mirada.

Volvió a sonreír.

Ahora más ampliamente.

—Estás impresionada, ¿no es cierto? El New York Times, con el titular del accidente aéreo de Dallas de hace dos días, demuestra claramente que no puede tratarse de Elizabeth. Murió hace dos meses. ¿Dónde has conseguido estas fotografías?

—Yo misma las realicé. En una casa de campo de Paddy Creek. Una amiga me propuso acudir a un party. Acepté. Creí que se trataba de una de esas fiestas para ejecutivos, pero en la casa sólo había dos individuos. Uno de ellos decía ser el propietario, pero sospecho que ambos eran empleados que se aprovechaban de la ausencia del amo para organizar una fiesta privada. No me gustó el panorama y decidí marchar, pero mi amiga me convenció para que me quedara al menos a cenar. Ya lo tenían todo preparado. Uno de los individuos dijo llamarse Charles Williams, prometió acompañarme hasta Nueva York. Mi amiga pensaba pasar allí la noche.

Debra hizo una pausa.

Se incorporó comenzando a pasear nerviosamente por el salón.

Prosiguió:

—Al terminar la cena se puso algo de música y bailamos. El tal Williams se esforzaba en convencerme para que me quedara. Me negué. Haciendo honor a su palabra se ofreció para llevarme a Nueva York en uno de los autos. Fue al salir del salón cuando la vi. Casi me desmayo. Steve. Estaba en lo alto de la escalera que conducía al piso superior. Con una larga túnica blanca. Como un fantasma...

—¿Te refieres a la muchacha de la fotografía?

Debra asintió.

Con repetido movimiento de cabeza.

—Me miraba fijamente. Yo fui incapaz de reaccionar. Balbuceando sin atreverme a pronunciar el nombre de Elizabeth. No podía ser ella. Elizabeth estaba muerta.

—Por supuesto que no era ella. Debra.

—Charles Williams regresó del garaje. Ya había estacionado un «Buick» frente al bungalow. Al pasar al living descubrió a la muchacha. Secamente, irritado, ordenó que se retirara. La mujer, con movimientos de autómata, se introdujo en una de las habitaciones. Yo estaba aturdida. Charles Williams,

también muy alterado, me comentó que la muchacha era su hermana. Una pobre enferma mental. Instintivamente, sin pensar en más, decidí quedarme. Aquello alegró mucho a Williams. Pasamos la noche juntos. En una de las habitaciones de la casa situadas en la planta baja. Mi amiga y el otro individuo tampoco subieron al piso.

—Y al día siguiente realizaste las fotografías.

—Sí. Eran las diez de la mañana cuando Charles Williams se levantó indicándome que alrededor de las doce regresaríamos a Nueva York. Desde el ventanal de la habitación era visible parte del jardín. Fue entonces cuando vi pasar a la mujer. En la habitación había una cámara fotográfica. Estaba cargada. No lo dudé. Salté por la ventana acudiendo al encuentro de la mujer.

—¿Llegaste a hablar con ella?

—No respondió a ninguna de mis preguntas, Steve. Se limitaba a mirarme fijamente, a sonreír... Efectivamente parecía tener perturbadas sus facultades mentales. Tomé varias fotografías y regresé a la habitación. Cuando Williams fue en mi busca ya tenía el carrete en el bolso. Nos acompañó a mi amiga y a mí hasta Nueva York. El otro individuo quedó en la casa.

—No te comprendo. Debra. ¿Por qué diablos te molestaste en fotografiarla?

—¡Quería enseñarte las fotografías. Steve!

—¿Para qué?

—Si te digo que había visto a Elizabeth no me hubieras creído. ¡Ahí están las pruebas!

McLeod se levantó del sofá.

Avanzó hacia la muchacha para sujetarle fuertemente por los hombros.

La zarandeó.

—¡Por todos los santos, Debra...! ¡Baja de las nubes! ¿Qué pruebas? ¡Tú no has visto a Elizabeth! ¡Elizabeth Duvall está muerta!

—Es ella, Steve..., es ella... Por eso te he llamado... Tenía que decírselo a alguien...

—No es Elizabeth. Es simplemente una mujer de extraordinario parecido físico con nuestra Elizabeth. Todos tenemos un doble. Debra. En alguna parte del mundo hay un fulano idéntico a mí. Tú y Elizabeth estabais muy unidas, pero debes resignarte a su muerte. Esa muchacha de Paddy Creek se parece a Elizabeth. Sólo eso. Un parecido físico.

—¿Y... y la cicatriz de la ceja izquierda?

McLeod tragó saliva.

Sí.

Aquella cicatriz era exacta a la de Elizabeth.

—Bueno... pues... ¡Maldita sea, Debra! Es una jugada del destino. Se parece a Elizabeth y tiene una misma cicatriz sobre la ceja izquierda. ¿Y qué? ¿Cambia eso las cosas? ¡Elizabeth sigue muerta! ¡Nosotros contemplamos su destrozado cuerpo y asistimos a su funeral! Esa es la realidad, Debra. Aunque no quieras aceptarla.

—La había aceptado, Steve: pero ahora.... al ver a esa mujer...

—No se regresa del Más Allá, Debra. Es un viaje sin retorno.

—¡Dios mío, Steve...! ¿Qué me ocurre? He vivido dos días de auténtica pesadilla... Apenas revelar las fotografías quise comunicar contigo... no te he localizado hasta hoy y...

—Tranquila. Debra, tranquila —sonrió McLeod, abrazando a la joven—. Tú lo has dicho. Ha sido una pesadilla.

—Llegué a creer en... en la reencarnación de Elizabeth.

Steve McLeod, pese a mantener la sonrisa en los labios, sintió un súbito escalofrío.

—Debes olvidar tu visita a esa casa de campo y romper las fotografías.

—Sí..., tienes razón...

La bella mulata se libró de los brazos de McLeod acudiendo a la mesa. Reunió las fotografías para seguidamente trocearlas y arrojarlas a una papelera de madera situada junto al mueble principal del salón.

Giró sonriendo a McLeod.

—Ya está hecho.

—Apuesto que te encuentras mejor.

Debra avanzó.

En sus gordezuelos labios una sensual sonrisa.

—Lo estaría mejor si pudieras quedarte conmigo...

McLeod se reflejó en los ojos femeninos.

Y en ellos descubrió un destello de inquietud que eclipsaba la sonrisa de sus labios.

Sí.

Debra le necesitaba aquella noche.

* * *

Debra se removió perezosamente.

Como una gata.

Su voz sonó somnolienta.

—Steve..., ¿qué ocurre?

—Debo irme. Ya está amaneciendo.

—¡Oh, no...!

—Entro en la editorial a las ocho. Y antes tengo que pasar por mi apartamento a recoger un original que ya debía estar corregido. Por tu culpa me llevaré una buena reprimenda.

La muchacha se ladeó abarcando con su brazo derecho el desnudo tórax de McLeod. Se apretujó contra él mimosa.

—Pobrecito.... ¿me perdonas?

Steve McLeod no llegó a responder.

La mulata se había colocado sobre él aproximando sus entreabiertos labios a la boca de McLeod.

Unos labios jugosos.

Húmedos.

Devoradores...

Se besaron con pasión.

—No puedo quedarme. Debra...

La joven se deslizó levemente.

Quedando a horcajadas sobre McLeod.

—¿De veras? ¿Ni tan siquiera unos minutos...? Voy a tratar de convencerte.

—Acabarás conmigo, Debra. Me espera una dura jornada y...

El labio inferior de Steve McLeod quedó aprisionado por los nacarados dientes femeninos.

Debra se había volcado de nuevo sobre él. Subió para posar sus puntiagudos senos al alcance de McLeod. Tras recibir lujuriosos besos en los pezones se deslizó iniciando sensual movimiento de caderas.

Steve McLeod posó sus manos en la cimbreante cintura femenina.

El leve mecer se transformó en desenfrenado vaivén.

Y poco más tarde eran dos cuerpos inmóviles, jadeantes, sudorosos y satisfechos los que yacían sobre el lecho.

CAPITULO III

Steve McLeod cerró lentamente la puerta dedicando a la muchacha una sonrisa de despedida.

Debra correspondió juntando sus carnosos labios para mandarle un mudo beso.

Sonrió al cerrarse por completo la puerta de la habitación.

McLeod llegaría con retraso a la editorial.

La claridad del nuevo día se filtraba con dificultad a través del ventanal. No comunica al Bixby Road, sino a un deslunado donde jamás se recibían los rayos del sol.

Debra extendió perezosamente los brazos.

La sábana a los pies.

Ni tan siquiera le cubría los tobillos.

La diosa de ébano mostraba toda la sensual perfección de su cuerpo.

Se acomodó de bruces abrazada a la almohada. Sus ojos se cerraron a la vez que en los labios se esbozaba una placentera sonrisa.

Fue a los pocos minutos.

Un ruido.

Un sonido metálico que, aunque amortiguado por la distancia, resultó audible para Debra.

Abrió los ojos alzando levemente la cabeza. Permaneció unos instantes a la expectativa. Terminando por volver a acurrucarse sobre la almohada.

No se percató del lento girar del pomo de la puerta.

Muy lentamente.

La hoja de madera se entreabrió asomando una enguantada mano.

Debra, pegada a la almohada, abrió los ojos.

Aguzó el oído, dominada por la extraña e inquietante sensación de que alguien la estaba observando.

De que había alguien más en la habitación.

Controló la respiración.

Le resultaron audibles los latidos de su propio corazón... y el entrecortado jadear.

Un respirar que no era el de ella.

Debra giró con rapidez sentándose en el lecho.

Descubrió la abierta puerta de la habitación.

—¡Steve...! ¿Eres tú?

No.

No podía ser McLeod.

Había escuchado el ruido de la puerta del apartamento al marcharse. Y McLeod no tenía llave.

Debra se ladeó hacia la mesa de noche con intención de accionar el interruptor de la lámpara.

Entonces le vio.

Junto al armario.

Una fantasmal sombra que se abalanzó sobre Debra cortando el grito que se iniciaba en su garganta.

La muchacha desorbitó los ojos.

Una enguantada mano se había posado sobre su boca empujándola hacia atrás y presionándole la cabeza contra la almohada.

Debra se debatió desesperadamente.

Un lacerante dolor la obligó a permanecer inmóvil.

Fue como una garra.

Una zarpa que se había engarfiado salvajemente sobre su seno izquierdo retorciéndolo y tirando con sadismo.

—Perfecto, zorra... Así está mejor. Quietecita.

El terror se reflejaba en los agrandados ojos de Debra.

La ronca voz de su atacante le resultó infrahumana.

Contempló al individuo.

Corpulento. Cabeza grande. Ojos saltones. Nariz de anchos orificios. Boca también grande y con el labio inferior ligeramente caído.

Vestía un uniforme de los utilizados por los empleados de la limpieza de la calles. Las manos ocultas por negros guantes.

La diestra que brutalmente aprisionaba el seno izquierdo de Debra fue subiendo lentamente para cerrarse en torno al frágil cuello femenino.

—Voy a quitar la mano de tu sucia boca... Si intentas gritar te rompo el cuello, ¿entendido?

Debra quiso mover la cabeza en sentido afirmativo, pero las manos del individuo la sujetaban con demasiada fuerza.

Una de las enguantadas menos dejó de taponar la boca de Debra. La otra siguió cerrada en torno a su garganta.

—Bien... ¿Sabes una cosa, furcia? Me has tenido toda la noche esperando como un perro. Te vi llegar con el fulano. ¿Cuánto te ha pagado?... ¡Responde, maldita!

—Na... nada...

—¡Mientes! ¿A cuánto te cotizas?

Debra sintió cómo la mano atenazaba con más fuerza su cuello.

El instinto de conservación dominó a la muchacha. No volvería a contrariar al individuo.

—Cien... cien dólares...

—¿Cien dólares? —Rió guturalmente el hombre—. ¡Infiernos! Es demasiado para una perra como tú. ¿Estás de acuerdo, sucia negra?

—Sí...

—Magnífico. Celebro que compartas mi opinión, aunque... —el individuo se sentó al borde del lecho. Sin dejar de ceñir con la zurda la garganta de Debra. Deslizó la mirada por el cuerpo femenino. A sus saltones ojos asomó un nuevo destello—. Oye... no estás del todo mal para ser una negra. Incluso

hueles bien. Siempre creí que los negros apestaban.

El hombre volvió a reír.

Roncamente.

Con aquella gutural afonía que aterraba a Debra.

—¿Qué quieres de mí?... ¿Quién eres?...

El individuo parpadeó.

Estupefacto.

Tras aquella fugaz mueca de perplejidad reaccionó aferrado con la mano derecha los cabellos de Debra. Tiró con fuerza. Sin dejar de atenazarla por el cuello.

—Maldita negra... ¿Y tú? ¿Quién crees que eres para tutearme? ¿Cómo te has atrevido? ¡Soy el doctor Bruce Heller! ¡El doctor Heller!... Tienes que tratarme respetuosamente... debes llamarme «doctor Heller»... ¿comprendes?

—Sí...

—No, furcia, no... no lo has comprendido... ¡repite otra vez!

—Sí... doctor Heller...

El individuo sonrió.

—Bien. Eso está mejor. Voy a soltarte. Un pequeño movimiento... un leve grito... y será lo último que hagas.

Debra no intentó nada.

La inmovilizaba el terror.

Sólo un ahogado respirar al sentirse libre de las zarpas del hombre. Un aspirar que hizo centrar la mirada del llamado Bruce Heller en los senos femeninos. Y a sus ojos retornó el lascivo brillo.

—Sí, condenación... Empiezas a gustarme, jamás lo hubiera imaginado. Yo y una negra...

El hombre se despojó de los guantes.

Al depositarlos sobre la mesa de noche accionó el interruptor de la lámpara allí emplazada.

Ahora su mirada recorrió lúbricamente el cuerpo de Debra. Tendió su zurda hacia los pechos femeninos.

—Tu piel es suave... —Bruce Heller se contempló la yema de los dedos—. Nada grasienta... Tenía la creencia de que al tocar a un negro mancharía la mano. Tú eres distinta... Como una muñeca de chocolate. Sí. Eso es. Una muñeca de chocolate. Tiene gracia, ¿eh?

Debra quiso forzar una sonrisa.

Corresponder a la risa del individuo.

No lo consiguió.

Su mueca distaba mucho de ser una sonrisa.

—Estoy pensando una cosa, muñeca de chocolate. ¿Por qué no divertirnos un rato? Por supuesto no te pagaré cien dólares. No te soltaría ni un centavo. Es cuestión de principios. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí... doctor Heller...

El hombre asintió complacido por la respuesta.

—Apuesto que terminaremos por ser buenos amigos. ¿Lo sellamos con un beso?

Bruce Heller se inclinó sobre la muchacha.

Besándola ávidamente.

Debra percibió con repugnancia cómo la lengua del individuo pugnaba por abrir paso entre sus cerrados labios.

—No colaboras, muñeca de chocolate —murmuró Heller, con amenazadora voz—. Y eso no me gusta. ¿Qué te ocurre? Es un hombre blanco el que está contigo. ¿No será... no será que me tienes asco?

Debra tragó saliva.

El rostro del hombre muy cerca.

Podía sentir su fétido aliento. El brillo de sus saltones ojos. El aletear de su ancha nariz. El hilillo de baba que asomaba por la comisura de su boca...

—No. doctor Heller...

—Lógico. De experimentar náuseas sería yo, pero no es así. Ya te he dicho que me gustas. Vamos a intentarlo de nuevo. Procura poner más entusiasmo, muñeca de chocolate.

Debra volvió a soportar los nauseabundos labios del individuo.

Su lujuriosa lengua socavando la boca femenina.

Y la muchacha, dominando terror y repugnancia, entreabrió sus gordezuelos labios.

Fue un beso largo, libidinoso, marcadamente obsceno.

Bruce Heller se incorporó con leve jadear. Llevó su mano derecha al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un pequeño estuche de piel que abrió mostrando a Debra.

—¿Lo ves?... No te he mentido. Soy el doctor Heller.

Debra contempló el juego de escalpelos del estuche.

—¿Qué quiere de mí? ¿Qué pretende?

—Ya te lo he dicho. Vamos a divertirnos un poco

—¿Y luego... luego se marchará?

—Por supuesto.

Una ráfaga de esperanza iluminó el rostro de Debra. Estaba frente a un degenerado. Un demente sexual. Si lograba no contrariarle tal vez saliera con bien de aquella horrible pesadilla.

—Voy a atarte, muñeca de chocolate.

—¡No!... No lo haga... no es necesario... Me portaré bien. Le juro que no intentaré resistirme.

Bruce Heller hizo caso omiso a las protestas de la joven.

Tomó la sábana superior comenzando a rasgarla.

Aquello hizo que el terror se adueñara nuevamente de Debra. Se incorporó con rapidez sallando por el otro lado de la cama. A la vez que un desgarrador grito de auxilio brotaba de su garganta.

Un alarido bruscamente cortado.

La reacción del individuo fue todo un alarde de reflejos. Bordeó el lecho

cerrando la huida de Debra.

Fue contundente.

El brutal puñetazo al vientre de Debra la hizo enmudecer. Se dobló. Boqueando falta de respiración.

Bruce Heller la aferró por los cabellos alzando su rostro.

Lo suficiente para abofetearla, proyectándola nuevamente sobre la cama.

Se abalanzó sobre Debra. Sin darle tregua. Colocó las rodillas sobre los brazos femeninos. Sentándose sobre el pecho de la joven.

El rostro del individuo deformado por demoniaca mueca.

—Maldita ramera... Me has engañado...

Debra quiso hablar.

Suplicarle.

El peso de aquel voluminoso cuerpo sobre su pecho se lo impidió. Tampoco pudo hacer nada por evitar que sus muñecas quedaran sujetas a los barrotes de la cama mediante tiras de sábana.

Cuando el hombre descendió del lecho para sujetar los tobillos de Debra, si pudo la muchacha dejar oír su débil voz.

—No... no me haga daño...

—¿Daño? —Rió en infrahumana carcajada el individuo—. |Vas a disfrutar como nunca, muñeca de chocolate!

* * *

Debra mantenía los labios cerrados.

Al igual que los labios.

Una mueca de contenido dolor desencajaba sus bellas facciones.

No quería gritar.

No tenía que gritar...

Era consciente de que Bruce Heller estaba llegando al final. De que pronto cesarían sus brutales embestidas. Sus sádicos mordiscos. El feroz clavar de sus uñas en el cuerpo femenino...

Así fue.

El individuo se dejó caer pesadamente sobre Debra. Con gutural y sonoro jadear. Su diestra, todavía engarfiada en el seno izquierdo de la joven, fue extendiendo paulatinamente los dedos.

—Condenada seas... Me has vuelto loco... ¿Y tú, muñeca de chocolate? ¿Qué tal lo has pasado?

—Ha... ha sido maravilloso —murmuró Debra, con nublados ojos.

La respuesta hizo reír a Heller.

Se incorporó situándose frente a la mesa de noche. La lámpara iluminaba la grotesca desnudez de su cuerpo.

—Quiero llevarme un recuerdo tuyo.

—Puede coger lo que quiera... tengo algún dinero en el armario...

Bruce Heller chasqueó la lengua.

—No soy tan materialista. Deseo un recuerdo romántico. Me llevaré un trozo de tu piel de chocolate.

Debra no reaccionó.

Creyó haber oído mal.

No podía ser cierto.

Fue al tender Bruce Heller su mano derecha hacia el estuche de escalpelos. Y al ver aquellas cicatrices.

Debra las descubrió por primera vez.»

No se había percatado de ellas.

Unas verdosas cicatrices en la mano derecha del individuo. Por encima de la muñeca. Cicatrices entrelazadas. Era como si le hubieran cosido la mano al brazo.

Y aquella mano había cogido uno de los escalpelos

La mulata gritó, pero aquella reacción era esperada por Bruce Heller. Atrapando una de las tiras de la sábana comenzó a introducirla en la boca de Debra.

Salvajemente.

Hasta ver deformemente hinchadas las mejillas femeninas.

Se inclinó sobre Debra.

Aproximando el escalpelo.

—¿Qué parte me recomiendas?... No. no me lo digas... Yo decidiré... Tus pechos... .Sí... Tus pechos duros y puntiagudos...

Debra, con alucinados ojos, movía desesperadamente la cabeza.

Enloquecida por el terror.

Tirando angustiada de brazos y piernas en un vano intento por librarse de las ataduras.

No sintió nada, sin embargo la punta del afilado escalpelo ya se había hundido lentamente en la blanda carne. Bordeando el seno izquierdo. Dibujando un rojizo círculo de sangre.

La metálica hoja profundizó.

Ahora sí fue acusado por Debra.

En paroxismo de horror que dominaba en su mente por encima del dolor físico. Sus esfuerzos por gritar, obstaculizados por la taponada boca, se transformaban en ahogados estertores.

—¿Qué te ocurre?... ¿No puedes respirar bien?... Tranquila. Yo haré que el aire llegue a tus pulmones.

Un movimiento hábil, certero, brutal...

La hoja había realizado un profundo corte.

De oreja a oreja.

Seccionando en espeluznante tajo la yugular de Debra.

La visión de aquel manantial de rojizo líquido que surgía a borbotones hizo reír a Bruce Heller en desaforada carcajada.

—Ahí tienes un buen boquete para respirar —dijo el individuo retornando la ensangrentada hoja del escalpelo al seno izquierdo de Debra—.

¿Satisfecha?

Debra no respondió.

Tenía la cabeza ladeada.

Sus ojos desmesuradamente abiertos destacaban en sus desencajadas y rígidas facciones.

Afortunadamente para ella, ya había muerto.

CAPITULO IV

Steve McLeod succionó el cigarrillo.

Exhaló una bocanada contemplando a la mujer por entre la fugaz cortina de azulado humo.

—Te admiro, Samantha.

—¿Físicamente?

McLeod sonrió correspondiendo a la ironía.

Samantha Forth hacía babear a su paso. Veintitrés años de edad. Pelo castaño, muy corto, recogido en gracioso peinado que destacaba el perfecto óvalo de su rostro. Largas pestañas abanicando unos ojos verdes. Nariz pequeña y apuntando ligeramente hacia arriba. Boca de curvados labios.

Sentada en el sillón, frente a la mesa escritorio ocupada por McLeod, no se podía apreciar la perfección de su cuerpo; pero tampoco era necesario.

Steve McLeod lo tenía grabado en su mente.

Sus prominentes senos, cintura ondulante, prietas y torneadas nalgas a juego con largos y esbeltos muslos...

Sí.

Ahora mismo podía contemplar una buena porción de aquellos mórbidos muslos enfundados en fino panty.

Samantha lucía un juvenil vestido camisero. Las piernas graciosamente cruzadas. Con despreocupación. Ajena al destello reflejado en los ojos de McLeod.

—Eso queda por descontado, Samantha. Sabes que estoy loco por ti. Demente hasta el extremo de pedir que te cases conmigo.

La muchacha rió divertida.

—Afortunadamente yo sí estoy cuerda. No me casaría contigo ni por todo el oro del mundo.

—Eso es algo que jamás le ofreceré. Estoy sin un centavo.

—Como siempre.

—Y tú forrada de dólares. También como siempre.

—Tengo éxito.

Steve McLeod tecleó un montón de folios cuidadosamente grapados.

—Esa era mi admiración. Samantha. Acabo de leer tu último original. Todavía me pingan las manos de tanta dulzura.

—Muy gracioso.

—En serio, Samantha. Ya el título promete. Unidos por el amor. Es sublime. Noventa folios de lo mejorcito para empezar el día.

Samantha arqueó las cejas.

Con un mohín en el rostro.

—¿Qué te ocurre. Steve? ¿Has pasado mala noche?

—Todo lo contrario. No he dormido mucho, pero he disfrutado como un mono.

—No me lo cuentes. Déjalo para Gerald Curtis. Es el escritor porno de la editorial.

—¿Y tú? ¿Qué cuernos eres tú?

—Una de las escritoras más populares del estado de Nueva York. Con tan sólo diez obras. Y te recuerdo que títulos como Llévame en tu corazón, Amanecer y Te esperaré van ya por su cuarta edición.

McLeod asintió.

Con repelido movimiento de cabeza.

—Esa es otra de las cosas que me dejan estupefacto. Tienes estilo, Samantha: pero te falta imaginación. Estás desfasada. Fuera de onda. En las nubes... Unidos por el amor... ¡Maldita sea! ¿En qué mundo vives? En la ciudad de Nueva York se cometen diariamente veinte mil delitos, diez asesinatos, veinte violaciones... El mundo está corrompido. La juventud desayuna con heroína. El sexo y la perversión domina por doquier... y tú nos sueltas Unidos por el amor.

El bello rostro de Samantha se ensombreció.

—Creo recordar que tú no eres el asesor literario de la Streep Editorial. ¿Con qué derecho juzgas mi obra?

—Te quiero. Samantha. Y no me gusta que malgastes tu talento escribiendo estas cursiladas.

La joven se incorporó.

Furiosa.

Avanzó apoyando las manos sobre la mesa.

Inclinándose hacia McLeod.

—¿Me quieres? Individuos como tú ni tan siquiera se aprecian a sí mismos. Llevas poco tiempo en la editorial, pero ya te he catalogado. Eres el clásico amargado. El rencoroso. ¿El mundo es un basurero? Perfecto. ¡Emponzoñémoslo más escribiendo basura! De eso se trata, ¿no? Corrupción, vicio, crimen... No quiero escribir sobre esos temas, Steve. Se encuentran en la primera plana de los periódicos. Todos los días. Demasiada competencia. ¿Te sorprende mi éxito? Yo te lo explicaré. Hay un elevado número de personas que desean, aunque sea con la imaginación, evadirse del asqueroso mundo que les rodea. Gente que quiere creer que aún existen seres que se mueven no impulsados por el sexo, la ambición o la violencia: sino por el amor. Y que al final ese amor es recompensado.

—Cierto. Al final la chica siempre se casa con el pobre pero honrado y guapo muchachote.

Samantha enrojeció.

Movió repetidamente los labios.

Como si buscara las palabras más adecuadas para la respuesta. No las encontró o prefirió dar por terminada la conversación.

Giró airadamente sobre sus talones encaminándose hacia la puerta del despacho.

—¡Eh. Samantha!... Olvidas el bolso.

La joven retrocedió hasta el sillón.
Steve McLeod se incorporó bordeando la mesa.
—Por cierto, Samantha. Ya que he mencionado lo del bolso... ¿puedes dejarme cincuenta dólares hasta final de semana?
La muchacha parpadeó.
—¿Estás hablando en serio?
—Seguro. Yo soy el clásico villano de tus románticas novelas. Cínico, sin escrúpulos...
—Y que al final es castigado.
—Correcto, pero antes seduce a la inocente y cándida paloma que se estremece temblorosa entre sus varoniles brazos...
McLeod, atrapando la cintura femenina, la atrajo contra sí para seguidamente besarla en la boca.
—Eres... eres... eres un...
El tartamudear de la joven hizo sonreír a McLeod.
Cuando se disponía a besarla de nuevo sonó el interfono depositado sobre la mesa escritorio.
Steve McLeod pulsó la palanca.
—¿Sí?
—Tienes visita. Steve —dijo una voz por el micro.
—Ahora estoy muy ocupado. Toma nota de la factura y que vuelva dentro de unos días.
Se escuchó una risita por el interfono.
—No se trata de uno de tus habituales acreedores. Steve —dijo la voz—. Es la policía. Del Departamento de Homicidios. Vienen a por ti, muchacho.

* * *

El «Buick» circulaba ya por Bixby Road.
Steve McLeod iba en el asiento trasero. Compartiéndolo con el sargento Lucas Gregory, de Homicidios.
—Está muy pálido, McLeod. No debe preocuparse. No hay ninguna acusación contra usted... todavía.
McLeod dirigió una mirada al policía.
No.
No le agradaba Lucas Gregory.
Ningún policía le resultaba simpático, pero el tal Gregory era extremadamente viscoso.
—¿Cuándo ocurrió?... ¿Cómo fue?
El sargento chasqueó la lengua.
—Ya le he dicho que no haga preguntas. Será el inspector Bosley quien se las formule.
Llegaron al 1.071 de Bixby Road.
Frente al edificio dos autos más y un vehículo de la Metropolitan Police

con la luz roja girando sobre la capota. También se estacionaba una ambulancia.

Un par de agentes uniformados controlaban que los curiosos y desocupados se mantuvieran a distancia y no obstaculizaran el paso.

El sargento Gregory y el conductor del «Buick» subieron con Steve McLeod a la cuarta planta del edificio.

Estaba abierta la puerta del apartamento.

Se les aproximó un individuo de paisano.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. De cabello \a gris en los aladares. Facciones de vigoroso trazo.

—¿Steve McLeod?

—Sí...

—Soy el inspector David Bosley. En *The Screw* nos informaron de su amistad con Debra Sagal.

McLeod no contestó de inmediato.

Tenía la mirada fija en el corredor.

En una de las abiertas puertas.

—Sí. Me unía con Debra una buena amistad —respondió retornando sus ojos hacia el inspector.

—¿Qué clase de amistad, McLeod?

—Para mí sólo existe una clase de amistad, inspector. De ahí que tenga muy pocos amigos.

David Bosley esbozó una sonrisa.

Imperceptible.

Ignoró el duro tono de voz empleado por McLeod.

—También la infortunada Debra parecía tener pocos amigos. En The Screw nadie la conocía lo suficiente bien para podernos hablar de ella. Alguien mencionó el nombre de Steve McLeod... e incluso que ayer noche salieron juntos del local. ¿Es cierto?

—Sí.

—Acompáñeme. McLeod. Quiero que identifique el cadáver. Puro formulismo. De momento ignoramos si Debra Sagal tenía familia o...

—No tenía familiar alguno.

Bien... Sígame.

El inspector Bosley fue delante.

Entró en la habitación haciéndose a un lado y dirigiendo a McLeod una inquisitiva mirada.

Deliberadamente no la había alertado de... aquello.

Quería ver la reacción de Steve McLeod.

Estudiarla.

Y Steve McLeod se tambaleó bajo el umbral. Como si hubiera recibido un brutal golpe en la cabeza. Instintivamente bajó la mirada. Una nívea palidez se había apoderado de sus facciones.

—Haga un esfuerzo. McLeod. Sé que le resultará muy... duro: pero

necesito que identifique a la víctima.

Steve McLeod alzó lentamente la cabeza.

Arrastrando los pies se aproximó al lecho.

—¿Es Debra Sagal? —inquirió el inspector.

McLeod asintió.

En afirmativo movimiento de cabeza.

Sí.

Era Debra Sagal.

Lo que quedaba de ella.

CAPITULO V

Un espectáculo horripilante.

Monstruoso.

Resultaba difícil imaginar a un ser humano cometiendo semejante crimen. Propio de una bestia.

El lecho convertido en una alfombra de sangre. Infinidad de rojizas manchas. De bermejo y espeso líquido que eclipsaba el níveo de la sábana.

Y sobre aquel espeluznante charco de sangre yacía Debra.

Seccionado su seno izquierdo.

El amputado trozo de carne, ahora convertido en deforme masa sanguinolenta, había sido colocado sobre el rostro de la muchacha. La cabeza apenas se mantenía unida al tronco. Eran varios los cortes realizados en la garganta.

Steve McLeod desvió la mirada.

Incapaz de soportar por más tiempo aquella alucinante visión.

Sintió náuseas.

Una irresistible náusea.

—¿Quiere ir al baño? —preguntó el inspector.

—No...

—No debe avergonzarse. McLeod. El agente Hepburn, uno de los veteranos del Departamento, ha vomitado un par de veces.

McLeod salió al corredor.

Seguido del inspector Bosley.

Se cruzaron con dos individuos. Los de dactiloscopia estaban deambulando por todo el apartamento.

—Vamos al salón. McLeod —indicó David Bosley—, Quiero hacerle algunas preguntas. Acompañó a Debra Sagal hasta aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿A qué hora la dejó?

—Pasé la noche en el apartamento. Salí esta mañana. Poco antes de las ocho.

—¿De veras? Casi tropieza con el asesino. McLeod. Según el forense. Debra murió entre las siete y las diez. La autopista concretará más la hora. También el forense se ha aventurado a afirmar que la joven fue violada.

McLeod apretó con fuerza las mandíbulas.

En sus ojos un destello de odio.

—Tiene que cazar al hijo de perra que lo hizo.... tiene que...

—Tranquilo. McLeod. Hay huellas por todas parles. En vasos, puertas, en el baño, dormitorio...

—Uno de los vasos de whisky es mío, inspector. Ya le he dicho que pasé la noche con Debra. Encontrará mis huellas por doquier.

—Ah, sí... Lo había olvidado. Si no encontramos más huellas que las suyas

y las de Debra Sagal, nos conformaríamos con un solo sospechoso.

—¿Qué insinúa?

—Debe comprenderlo. McLeod: pero no se preocupe demasiado. Tras la autopsia y los informes de dactiloscopia sacaremos conclusiones definitivas. Mientras el sargento Gregory iba en su busca he telefoneado al Departamento solicitando datos sobre el tal Steve McLeod. No es usted un ciudadano ejemplar.

—Jamás se me ha acusado de un delito.

—Cierto, pero si está fichado por alborotador. Conflictos en tugurios del East River, jugador de apuestas clandestinas... Su profesión es la de periodista, ¿no?

—Correcto.

—¿Por qué no la ejerce?

—Supongo que en los archivos también constará: no obstante puede preguntar a la CIA.

David Bosley sonrió.

—Olvidémoslo. ¿Cuánto tiempo lleva en la Streep Editorial?

—Poco más de un mes.

—¿Vivía de las ganancias de Debra Sagal?

Las facciones de McLeod se endurecieron.

—No.

—Me parece sincero. McLeod. Voy a resistirme a la tentación de acusarle del asesinato de Debra Sagal. Al menos hasta conseguir las pruebas necesarias. Aquí o en su apartamento. Voy a solicitar una orden de registro.

—No se moleste. Nada tengo que ocultar.

—¿De veras? Es muy considerado por su parte. McLeod. Se lo agradezco y lo tendré en consideración. Haré que le acompañe el sargento Gregory y otro de mis hombres. ¿De aquí marchó directamente a la Streep Editorial?

—Primero pasé por mi apartamento.

—¿Cambiar de ropa tal vez? —Inquirió el inspector, con inocente sonrisa —, ¿Se había manchado de... sangre?

Steve McLeod inspiró con fuerza.

—C reo que voy a llamar a un abocado.

—Por favor. McLeod... No lo estropee ahora. Está colaborando muy bien. Ya le he dicho que no voy a presentar acusación alguna. ¿Sigue conforme en que el sargento Gregory eche un vistazo a su apartamento?

—Sí.

—Magnifico. Luego le conducirá al Departamento de Homicidios. Allí firmará su declaración, usted fue el último en ver con vida a Debra Sagal.

—El último fue el asesino.

El inspector volvió a esbozar una sonrisa

Giró aproximándose a la puerta del salón.

—¡Sargento Gregory!

Steve McLeod estaba encendiendo un cigarrillo. El último de la cajetilla.

Cuando se disponía a arrojarla a la papelera, interrumpió el iniciado ademán quedando con el brazo levemente alzado.

—Ha hecho bien en detenerse. McLeod. No debe tocar ni arrojar nada. Aún no liemos terminado la investigación. Esa cajetilla de tabaco nos proporcionaría falsas pistas entorpeciendo nuestra labor. Todo debe estar conforme lo dejó el asesino al salir.

Steve McLeod mantenía la mirada fija en el interior de la papelera de madera.

—¿No han estado sus muchachos por aquí? Me refiero a los de dactiloscopia.

—Por supuesto. Al descubrir huellas en los vasos nos los hemos llevado. En el laboratorio el estudio será más completo.

—¿Sólo se han llevado los vasos?

El inspector Bosley arqueó las cejas.

Dirigiendo a McLeod una penetrante mirada.

—Solamente los vasos. ¿Por qué lo pregunta? ¿Echa algo en falta?

McLeod denegó con un movimiento de cabeza.

Continuaba con los ojos fijos en la papelera de madera. En ella había arrojado Debra las rotas fotografías.

Y ahora no había rastro de ellas.

La papelera estaba vacía.

Completamente vacía.

* * *

El agente Milton Barrie profirió una soez maldición.

—Estamos perdiendo el tiempo. Lucas. Lo hemos registrado todo palmo a palmo.

El sargento Lucas Gregory asintió cerrando la puerta de! armario.

—Tienes razón. Aquí no hay nada.

Los dos policías abandonaron la habitación.

En el salón les esperaba Steve McLeod.

Con un vaso de whisky en la diestra.

—¿Y bien?

—Tienes un bonito apartamento. McLeod —sonrió Gregory—: aunque eres muy descuidado. Hay mucho polvo. Incluso hemos encontrado colillas y un calcetín sucio bajo la cama. Lo menos que podía haber hecho tu amigo negra era limpiar tu pocilga.

Milton Barrie coreó la risa de su compañero.

—Apuesto que le limpiaba otra cosa.

Steve McLeod contempló alternativamente a los dos individuos.

Si Lucas Gregory le resultaba desagradable, el agente Milton Barrie era repulsivo como una babosa.

De unos treinta y cinco años de edad. Ojos porcinos en rostro de fofas

carnes. Sus finos labios, casi inexistentes, mantenían un sempiterno rictus despectivo.

—¿Ya han terminado?

—Seguro, McLeod. Y pronto terminaremos con el caso Debra Sagal. Tú te la cargaste, ¿verdad? No debes preocuparte. Sólo tienes que decir al jurado que te asqueaba su pestilente piel negra. Antes de cinco años estarás en libertad.

Milton Barrie chasqueó la lengua.

—Apuesto por los diez años, Lucas. Fue un trabajo sucio. Se te fue la mano, McLeod. ¿Querías liquidarla? Okay. Un balazo, colgarla del techo, un siete en las tripas..., ¿por qué diablos tenías que realizar esa carnicería?

El sargento Gregory rió divertido.

—No supo controlarse. Fue eso, ¿eh, McLeod? Te engañaba. No te entregaba toda la recaudación. La muy perra se acostaba con diez fulanos por la noche y al pobre McLeod únicamente le daba...

No pudo seguir hablando.

El puño derecho de Steve McLeod se había estrellado contra la boca del policía. En brutal impacto que le reventó los labios haciéndole saltar un par de dientes.

Gregory trastabilló hasta caer aparatosamente.

Al tratar de incorporarse tosió escupiendo sangre y los dos dientes.

—Maldito..., maldito bastardo... ¡Le voy a llenar la cabeza de plomo!

—Calma, Lucas —sonrió el agente Barrie, fríamente—. No vamos a comprometernos por esta basura.

—¡Me ha roto dos dientes, Milton!

—Lo sé, Lucas. Y por ello recibirá una buena lección. De seguro que jamás la olvidará.

Lucas Gregory terminó de levantarse.

A sus ojos asomó un cruel destello.

—¿Qué le diremos al inspector?

—¿Decirle? ¿De qué? —Rió Barrie, acariciando significativamente los nudillos—. Nada de golpearle a la cara, Lucas. Ya conoces el método. Y McLeod tampoco dirá nada, ¿verdad, hermano?

Los dos policías avanzaron hacia Steve McLeod.

Lucas Gregory amagó el puño derecho, pero fue su compañero el que descargó el golpe.

McLeod lo esquivó con dificultad.

Correspondió con un trallazo que Milton Barrie bloqueó con ágil quiebro.

Sí, recibió el impacto en el costado izquierdo.

Propinado por Gregory.

Los dos individuos se abalanzaron sobre McLeod.

Al unísono.

—¡Sujétale, Milton!

Eran profesionales.

Dos maestros.

Barrie consiguió situarse a su espalda e inmovilizarle los brazos. Cuando pugnaba por zafarse empezó a recibir el castigo.

Los puños de Gregory.

Sobre el estómago, en los costados...

Golpes demoledores.

Derecha e izquierda.

Sistemáticos.

Steve McLeod se fue doblando paulatinamente.

La sádica sonrisa hizo sangrar más abiertamente los heridos labios de Lucas Gregory.

CAPITULO VI

El inspector David Bosley penetró en la estancia.

—Ya puede marcharse. McLeod. Disculpe el haberle retenido durante tanto tiempo.

Steve McLeod, reclinado en el sillón, se incorporó lentamente. Instintiva mueca de dolor se reflejó en su rostro.

El inspector se percató de ello.

—¿Se encuentra mal. McLeod?

—No... Una mala postura... Llevo ahí sentado más de tres horas.

David Bosley se situó Iras una mesa escritorio. Abrió uno de los cajones guardando los papeles que portaba en su mano derecha.

—Es mucho el trabajo en el Departamento de Homicidios, McLeod. El número de bastardos que se dedican al deporte de matar es elevado. Parece ser el hobby de moda.

—¿Puedo irme?

—¿Cómo?... Ah, sí... Hemos comprobado punto por punto su declaración. Afortunadamente para usted le vieron entrar en su apartamento pocos minutos antes de las ocho. Lo corroboró el encargado del puesto de prensa cercano a su domicilio. Incluso parece ser que le comentó que llegaría tarde a la editorial. También hemos comprobado eso. Entró en la Streep Editorial a las ocho horas treinta minutos. La autopsia ha fijado la muerte de Debra Sagal entre las ocho y las nueve horas.

—¿Ya han efectuado la autopsia?

El inspector alzó la mirada.

Una dura expresión en su rostro.

—Llevo más de veinte años luchando contra el crimen. McLeod. Desde que fui asignado al Departamento de Homicidios muy pocos casos han quedado archivados. El de Debra Sagal no será uno de ellos. El asesino capaz de tan monstruoso crimen no puede quedar sin castigo. De ahí que le haya dado prioridad. Yo mismo me encargaré del caso.

—Le deseo suerte.

—McLeod...

Steve McLeod, ya con la diestra sobre el pomo de la puerta, giró enfrentándose al policía.

—¿Sí"

—No abandone Nueva York sin despedirse de mí.

—¿Sigo como sospechoso?

—No. La autopsia le ha descartado. Usted no es médico ni ha realizado estudios de Medicina.

—¿Quiere decir...?

—Según el informe forense la amputación del seno izquierdo y los trazos en la garganta fueron realizados con un instrumento quirúrgico. Un escalpelo

u objeto similar. También la mutilación, el circular trazo y perfecta disección, delatan la mano de un médico o la de un avanzado estudiante de Medicina.

—¿Hubo... violación?

—Sí. Oiga. McLeod... No he podido encontrar quien conociera bien a Debra Sagal. En *The Screw* me han dado diferentes versiones sobre sus actividades. No acostumbran a alternar con los clientes del local ni aceptar invitaciones; sin embargo, otros aseguran que se citaba con hombres fuera de *The Screw*.

—¿Qué quiere saber en concreto?

—Sólo una pregunta, McLeod. ¿Ejercía Debra Sagal la prostitución?

—No.

El inspector asintió.

Dirigiendo a McLeod una penetrante mirada.

—Gracias, McLeod. Imagino que su respuesta ha sido sincera. Debra ya no necesita que nadie proteja su buen nombre. Está muerta. Supongo que, desde el Más Allá, sólo estará pendiente de ver cómo se castiga a su asesino.

—No ejercía la prostitución, inspector. Era una mujer libre de prejuicios. En ocasiones acudía a partys o reuniones para ejecutivos. Hay agencias que se dedican a reclutar chicas para la celebración de fiestas, despedidas del solteros, cenas de magnates que se felicitan por la culminación de un buen negocio... Debra acudía a algunas de esas reuniones. Las que le merecían confianza. La agencia o el anfitrión pagaban lo estipulado. Podía o no acostarse con uno de los invitados: pero no por dinero. No existía comercio carnal con Debra Sagal.

—¿Estaba enferma? ¿Le mencionó alguna vez el nombre de un médico?

—No. Hacía aproximadamente dos meses que no veía a Debra.

—¿Dos meses? ¿Por qué acudió ayer a *The Screw*? ¿Algún motivo especial?

McLeod dudó.

Una fracción de segundo.

—Ninguno. Simple deseo de verla.

—Comprendo. En el apartamento de Debra, en el salón, le formulé repetidamente una pregunta. Me pareció que echaba algo en falta.

—Y mi respuesta fue negativa.

—¿La sigue manteniendo?

Los dos hombres enfrentaron sus miradas.

—Nada tengo que añadir, inspector.

—Bien. Buenas noches. McLeod. El entierro de Debra Sagal se efectuará mañana. No hay familia que esperar. Saldrá del depósito de cadáveres de Wilcox Road.

Steve McLeod no hizo ningún comentario.

Abandonó el despacho.

El esbozo de una amarga sonrisa asomó a sus labios.

Wilcox Road...

Allí también fue conducido el cadáver de Elizabeth Duvall tras el accidente de tráfico.

—Steve...

La llamada quebró el macabro pensamiento de McLeod.

Contempló a Samantha.

—¿Qué haces aquí?

La muchacha se colgó de su brazo derecho.

—Llevo más de una hora esperándote. Estaba preocupada. He telefoneado varias veces... En la última llamada se me informó de que saldrías de un momento a otro.

Abandonaron el edificio.

La noche ya era dueña de Manhattan.

—Sabes lo ocurrido, ¿no?

—Sí. Steve. No necesitas hablarme de ello si no lo deseas —Samantha abrió la portezuela de un deportivo «Corvette»—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Todavía no. Tengo que hacer una visita.

Se acomodaron en el interior del auto.

—¿Dónde quieres ir, Steve?

McLeod tomó una cajetilla de «Newport» del salpicadero. —Es una visita de cumplido —murmuró encendiendo el mentolado—, Al Wilcox Road. Al depósito de cadáveres.

* * *

La joven escuchó en silencio las palabras de McLeod.

—Es... es horrible... ¿Por qué, Steve? ¿Por qué se ensañó así con su cuerpo?

—Pagará su crimen. Samantha. No lo dudes.

—Nunca me hablaste de Debra Sagal. Me hubiera gustado conocerla. Steve.

McLeod sonrió levemente.

—No hubieras simpatizado con ella. Debra distaba mucho de ser la clásica protagonista de tus románticas novelas. Debra amaba la vida. Intensamente. Con total libertad. Y tú no aceptas esa forma de vida.

—Eres injusto conmigo, Steve. Me juzgas sin conocerme. ¿Qué sabes tú de mí? Nada. Absolutamente nada. Sacas conclusiones partiendo de la lectura de mis novelas románticas.

—Disculpa. Vas a perder a tu más implacable crítico, Samantha. Renuncio a mi trabajo en la Streep Editorial.

—Lo celebro, Steve. Así no te enfadarás por el despido.

—¿Despido?

—Sí. El señor Lee Streep, después de tu marcha con la policía, decidió despedirte. Lo basa en tus repetidas faltas de puntualidad, indisciplina,

negligencia en el trabajo.

McLeod rió en sonora carcajada.

Una risa carente de alegría.

Ya estaban en Wilcox Road.

Samantha aminoró la velocidad del «Corvette». La iluminación era reducida y desconocía el emplazamiento de la Morgue.

—Aquí es, Samantha —indicó McLeod—. No es necesario que me esperes.

—Quiero acompañarte, Steve.

—¿Acompañarme?

—Eso he dicho.

McLeod entornó los ojos.

Fijos en el bello rostro femenino.

—Voy a despedirme de Debra. Antes de que incineren su cuerpo y lo depositen en una caja. No asistiré al entierro. De ahí que quiera despedirme ahora de ella. Tal vez esté, pese a la autopsia realizada, mucho más presentable que en el apartamento; no obstante seguirá siendo poco agradable su visión.

—No me importa. Quiero acompañarte, Steve. Compartir contigo el amargo momento.

—Yo no he cenado, Samantha. Estoy todo el día a base del café suministrado en el Departamento de Homicidios. Sospecho que tu delicado estómago no resistirá el espectáculo de...

—Me conoces muy poco —interrumpió la muchacha abriendo la portezuela del auto—. No soy la protagonista de una de mis novelas, sino un ser humano con sentimientos.

Steve McLeod salió también del vehículo.

Alargó la diestra para recoger la cajetilla de «Newport».

Detestaba el tabaco menthol, pero no tenía otro.

Penetraron en el edificio.

Un intenso olor a éter les envolvió.

En la sala de recepción, tras un pequeño mostrador, se hallaba un individuo de largas patillas. Alzó la mirada del crucigrama.

—¿Qué quieren?

—Hoy han efectuado la autopsia al cadáver de Debra Sagal —dijo McLeod—. Está aquí y queremos verla.

El individuo sonrió despectivo.

—¿Así de sencillo? Oiga, amigo... Necesita una autorización y ajustarse a un determinado horario. Esto no es un drugstore. Puedo proporcionarle el correspondiente formulario que rellenará y presentará a la firma de...

El hombre enmudeció al ver cómo Samantha extraía un fajo de billetes de su bolso de mano.

Extendió cinco billetes de diez dólares sobre el mostrador.

El recepcionista los contempló con codiciosos ojos, sin embargo dudó

antes de decidirse.

—Esperen aquí unos minutos, por favor. Voy a informarme del emplazamiento de Debra Sagal y del sanitario de servicio.

Retornó casi de inmediato.

Con una sonrisa de oreja a oreja.

En compañía de otro individuo que lucía una larga bata blanca.

—Hemos tenido suerte. Mi compañero Jason Walter es el encargado de la Sala D. El les conducirá.

El rostro del llamado Jason Walter, extremadamente blanquecino, hacía juego con la nívea bata.

McLeod y Samantha siguieron al individuo.

Se adentraron por un largo y ancho pasillo.

En penumbras.

Sólo iluminado por rojizos pilotos de posición.

Reinaba un sobrecogedor silencio únicamente turbado por el resonar de las pisadas.

Jason Walter se detuvo frente al elevador pulsando el mando de llamada. La cabina llegó a los pocos segundos abriéndose automáticamente la puerta de acceso.

Samantha no pudo reprimir un leve grito.

Había una camilla en el interior del ascensor.

La silueta de un cuerpo humano se recortaba nítida bajo la sábana.

Walter sonrió por el sobresalto de la muchacha.

—Disculpe... Me disponía a bajar este fiambre a la Sala D cuando me encontré con Lewis. Pasen. Hay sitio para todos.

Sí.

Había cabida para los cuatro.

McLeod, Samantha, Walter... y el cadáver de la camilla.

Jason Walter pulsó el botón inferior del panel.

Iniciaron el descenso.

Samantha, muy a su pesar, no podía apartar la mirada de la camilla.

De aquella figura humana cubierta por blanca sábana.

Era tal su impresión que decidió girar dando la espalda a la camilla.

Fue entonces cuando percibió aquel contacto.

Un leve roce.

Como si alguien deslizara un dedo por su trasero.

La muchacha fijó rápidamente la mirada en Steve

McLeod Este permanecía con las manos en los bolsillos de la chaquetilla. Y el tal Walter estaba demasiado distante.

Samantha palideció.

Otra vez sintió aquel tenue contacto.

Y tras ella sólo estaba el cadáver.

—Ste... Steve...

—¿Qué te ocurre? —Inquirió McLeod, percatándose de la palidez de la

joven—. ¿Te encuentras nial?

—Me... me está... tocando...

—¿Quién?

Samantha, incapaz de moverse, ladeó levemente la cabeza.

—El... el de la camilla...

El ascensor se detuvo.

Aquello hizo que la muchacha corriera a los brazos de McLeod.

—Es usted demasiado impresionable, señorita —comentó Jason Walter, aproximándose a la camilla—. Al apoyarse aquí le pareció que alguien la rozaba. Los muertos no hacen daño. Y este hombre está muerto.

Walter apartó la sábana descubriendo el rostro del ocupante de la camilla.

Un hombre de unos cuarenta años de edad. Cabeza rapada. Cejas muy pobladas que semiocultaban sus cerrados ojos. La boca ligeramente entreabierta.

Jason Walter empujó la camilla.

Recorrieron un nuevo y largo pasillo.

Utilizando la camilla como ariete empujó la doble hoja de entrada a la sala.

Una amplia estancia.

Varias camillas se alineaban a izquierda y derecha. Sólo cuatro de ellas ocupadas. Y de esas cuatro, tres permanecían sin cubrir. Eran visibles los desnudos cadáveres de tres hombres. Blanquecinos, rígidos...

Samantha se esforzó en mantenerse serena.

—No es agradable, ¿verdad? —Sonrió Jason Walter—. Ningún cadáver resulta atractivo. Es algo que...

—¿Dónde está Debra Sagal? —interrumpió McLeod, secamente.

—¿Cómo?... Ah, ya... Debra Sagal... Hace poco que la hemos instalado.

El sanitario fue hacia una especie de nichos empotrados en la pared. Pulsó una palanca para seguidamente tirar de la anilla correspondiente. La rectangular cámara refrigerante salió de la pared.

Y en aquel álgido ataúd yacía Debra Sagal.

—Disculpen... Voy en busca de mi compañero —dijo Jason Walter—, Tiene que ayudarme a colocar estos otros cadáveres.

El individuo abandonó la sala.

Steve McLeod ni tan siquiera se percató de ello.

Mantenía la mirada fija en Debra.

También Samantha contemplaba el cadáver, aunque de inmediato retrocedió unos pasos hasta tropezar con la camilla transportada por Walter.

Se apartó dando un respingo.

Aquel rostro de pobladas cejas y cabeza rapada le producía escalofríos. Más incluso que los rígidos y desnudos cadáveres que yacían al fondo de la sala.

—¿Nos... nos vamos ya. Steve?

—Sí. Cuando regrese el tal Jason Walter —murmuró McLeod sin dejar de mirar el cadáver de Debra—. ¿Sabes una cosa. Samantha? Aquí trasladaron

también a Elizabeth Duvall. Hace dos meses. ¿Te he hablado de Elizabeth?

—Sí. Steve.

—Elizabeth... y ahora Debra. También Debra será incinerada. ¿Comprendes ahora. Samantha? Quería verla por última vez.

Quedaron en silencio.

Un silencio que dañaba a Samantha.

Que la hacía estremecer de pies a cabeza.

El macabro silencio... y el cadáver de pobladas cejas. Aquella rapada cabeza que asomaba de entre la sábana.

Samantha, dominando su aversión, tendió las manos hacia la sábana con intención de cubrir la rapada cabeza.

Sujetó la tela con la punta de los dedos.

Como si temiera a un contagio.

Subió lentamente la sábana.

Cubriéndole la barbilla, la boca, la nariz...

Y fue entonces cuando el cadáver abrió los ojos.

Desmesuradamente.

Enfrentando su mirada a la aterrorizada Samantha.

CAPITULO VII

El desgarrador alarido de Samantha resonó con estruendo en la sala. Turbando con brusquedad el silencio reinante.

El súbito grito hizo respingar a McLeod.

—¡Por todos los...! ;.Te has vuelto loca?

—¡Está vivo. Steve...! ¡Ese hombre está con vida! —La muchacha corrió hacia McLeod—. ¡Le he visto abrir los ojos!

—¡Basta de tonterías, maldita sea! —Steve McLeod la zarandeó con violencia—. Domínate o juro que...

McLeod enmudeció.

Agrandó los ojos, incrédulo, a la vez que una mueca de estupor desdibujaba sus facciones.

La joven, abrazada a McLeod, comprendió que algo le había hecho silenciar su voz.

Ladeó la cabeza.

Y Samantha volvió a gritar.

Presa del terror.

El cadáver se estaba incorporando.

Lentamente.

Con los ojos muy abiertos.

Quedó sentado sobre la camilla. Estaba desnudo de la cintura para arriba. Su vestimenta se limitaba a unos pantalones oscuros y botas de silenciosa suela de goma.

Steve McLeod descubrió algo' más.

Algo que le hizo reaccionar.

Una pistola. Una «Walther» P-30 con tubo silenciador acoplado al cañón.

Sobre la camilla.

Al alcance de la mano derecha del cadáver.

No.

Los muertos no necesitan de los ocho disparos de una «Luger» 9 mm. Y lo que había paralizado a McLeod, aquel supuesto muerto viviente, se desvaneció.

No era un cadáver.

De ahí su reacción.

Antes de que el individuo de la cabe/a rapada terminara de empuñar la pistola.

Steve McLeod empujó a la muchacha.

—¡Corre. Samantha...! ¡Salgamos de aquí!

McLeod no siguió a la joven, sino que se lanzó sobre Cabeza Rapada. Con el puño derecho por delante. Proyectándolo con violencia contra su rostro. Se escuchó un siniestro chasquido. Característico de nariz rota.

El brutal impacto hizo caer al individuo hacia atrás. En aparatosa voltereta

que culminó fuera de la camilla.

McLeod sí corrió ahora junto a la muchacha.

Samantha pugnaba desesperadamente por abrir la puerta.

—¡Maldita sea, Samantha...! ¡Abre de una condenada vez!

—No.... no se puede. Steve.... está cerrada...

—¡Aparta!

Steve McLeod tiró con fuerza de los asideros de la doble hoja.

Una y otra vez.

Sin conseguir separarlas.

—¡Steve...!

McLeod giró la cabeza ante la exclamación de la joven.

A tiempo de ver cómo el individuo, rodilla en tierra, les encañonaba aferrando la «Walther» con ambas manos.

McLeod, en pasmoso alarde de reflejos, se precipitó hacia la camilla más cercana proyectándola con fuerza contra Cabeza Rapada.

El estar de rodillas hizo que el impacto le alcanzara en pleno rostro.

Se escuchó un disparo.

Amortiguado por el silenciador.

Steve McLeod había seguido a la camilla.

No permitió que el aturdido individuo se incorporara. Se lo impidió propinándole un salvaje patadón en la cabeza.

—¡La otra puerta. Samantha! —Gritó McLeod—, ¡Allá al fondo!

La muchacha corrió por la sala.

Pasó ante los tres cadáveres que yacían desnudos.

El ocupante de la cuarta camilla, oculto por una sábana, se incorporó fantasmagóricamente.

Aquello hizo que Samantha cortara en seco su carrera.

Fue tal su impresión que quedó inmóvil. Con la boca abierta. Pugnando por gritar, aunque el terror silenció lodo sonido.

La fantasmal figura saltó de la camilla despojándose de la sábana.

Un individuo joven. Corpulento. De angulosas facciones.

Steve McLeod se percató del nuevo peligro.

El hombre no iba armado, pero sí avanzó amenazadoramente hacia Samantha. La veloz llegada de McLeod le hizo olvidarse de la muchacha.

Sonrió en feroz mueca.

—Eres un tipo duro, ¿eh?... Yo te convertiré en pulpa.

McLeod quiso esquivar el puño del individuo.

No lo consiguió del todo.

El dolor en el costado izquierdo, originado por la paliza de Gregory y Barrie, se había agudizado con todo aquel ajetreo restándole agilidad.

De ahí que lograra eludir el puño derecho, pero no la zurda de su enemigo.

Un trallazo en el pómulo que zarandeó la cabeza de McLeod.

—¡Aguanta. Gelman! —Exclamó Cabeza Rapada, gateando en busca de la «Walther»—. Voy en tu ayuda.

El individuo rió con suficiencia.

—¡No te necesito! Le voy a...

El llamado Gelman no terminó la frase.

Se dobló como si fuera una bisagra.

Boqueando desesperadamente. Con ambas manos en el bajo vientre. Acusando el violento patadón que McLeod le había aplicado inesperadamente a los testículos.

Y lo remató con un golpe de karate.

Al cuello.

En la carótida.

Un terrorífico impacto capaz de ocasionar la muerte.

Steve McLeod no se molestó en indagar las consecuencias de su golpe. Se conformó con ver caer de bruces al individuo.

Cogió del brazo a la aún paralizada Samantha empujándole hacia la puerta. Esta sí cedió.

Justo en el momento en que un proyectil silbaba sobre la cabeza de McLeod.

—¡Corre. Samantha, corre...!

La muchacha no se hizo repetir la orden.

El miedo dotaba atas a sus pies.

El pasillo les condujo hasta una escalera. Descendieron precipitadamente encontrándose ante el parking subterráneo del edificio.

Steve McLeod divisó una de las rampas de salida y también el paso de peatones.

—¡Por aquí, Samantha!

Tomó a la muchacha de la mano reanudando la carrera.

Jadeantes y sudorosos salieron a una de las bocacalles de Wilcox Road.

Minutos más tarde estaban en el interior del «Corvette».

Steve McLeod, dado el grado de excitación de la joven, se había hecho cargo del volante.

Pisó a fondo el pedal del gas.

El rugir del motor ahogó los disparos de Cabeza Rapada que, desde la esquina dé salida del parking, centraba el fuego contra el vehículo accionando una y otra vez el gatillo de la «Walther».

* * *

Steve McLeod salió del Departamento de Homicidios acompañado de Samantha.

—Has perdido dos horas de sueño. Samantha. Mejor te hubiera resultado marchar a tu apartamento y no esperarme.

—¿Horas de sueño? ¡No habría pegado ojo!

Caminaron hacia el estacionado «Corvette».

De nuevo McLeod se situó frente al volante.

—¿Qué ha ocurrido, Steve? ¿Qué averiguó el inspector Bosley?

—Nada.

Samantha parpadeó.

—¿Nada? Pero esos hombres que nos atacaron...

—Ni rastro de ellos —dijo McLeod. Emprendiendo la marcha—. Cuando llegamos a la Morgue habían desaparecido Jason Walter, el tal Gelman y el fulano de la cabeza rapada. El inspector interrogó al recepcionista. Parece ajeno al asunto. Dijo que Jason Walter, el sanitario en servicio, se ofreció de inmediato cuando le comentó que había cincuenta dólares a repartir, aunque lo cierto es que había planeado liquidarnos. De no ser por los impactos de bala en la Sala D y en el auto, el inspector no nos hubiera dado crédito.

—¿Qué medidas piensa tomar?

—Ha designado a dos hombres para que localicen a Jason Walter. ¿Quieres conocer su hipótesis? Según el inspector se trata de una organización dedicada al robo de cadáveres. Al llegar nosotros y descubrirles casualmente ¡mentaron matarnos.

Samantha denegó con nervioso movimiento de cabeza.

—Eso no es cierto. El... el hombre de la cabeza rapada se descubrió él mismo. Habían planeado matarnos. No existen ladrones de cadáveres.

—En eso te equivocas. Samantha. Ciertos cirujanos sin escrúpulos consiguen así órganos para trasplantes. Cadáveres frescos. Un paciente rico dispuesto a...

McLeod se interrumpió.

Quedó en silencio.

Un silencio que intrigó a Samantha.

—¿Qué ocurre. Steve?

—Estaba pensando en... en Elizabeth Duvall.

—¿Elizabeth? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Nada... o tal vez sea el origen de todo.

Samantha se mesó los cabellos.

Sin ocultar el temblor de sus manos.

—No..., no te comprendo. Steve. Estoy aún muy alterada. Lo vivido es ese depósito de cadáveres no lo olvidaré jamás.

—Necesito tu ayuda. Samantha. Me atormenta un siniestro presentimiento. Una sospecha que debo aclarar o terminaré por volverme loco.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Estoy sin un centavo. No necesito mucho, pero sí algún dinero para desenvolverme con seguridad por Paddy Creek. Quinientos dólares serán suficientes. Te los devolveré cuando me liquiden en la Streep Editorial y...

—Cuenta con ellos —interrumpió Samantha, con leve sonrisa—. No los llevo encima, pero en mi apartamento sí creo poder reunir esa cantidad. ¿Qué esperas encontrar en Paddy Creek?

Steve McLeod no respondió.

Estaba pensando en una mujer.

Una muchacha que había muerto dos meses atrás.

CAPITULO VIII

Steve McLeod sonrió contemplando superficialmente los libros ordenados en la biblioteca. Acarició el dorado lomo de Romeo y Julieta.

—Una magnífica biblioteca, Samantha.

—¿Empezamos otra vez? —Inquirió la joven, con los brazos en jarras—. ¿Qué ocurre? ¿Tampoco te gusta Shakespeare?

—No es mi favorito.

—Dudo, que tengas alguno. Desprecias la novela popular y desprecias igualmente a los clásicos.

McLeod abatió una hoja del mueble descubriendo el botellero.

—Te equivocas, Samantha —McLeod tomó una botella de Johnnie Walker —. Disfruto con Handley Chase o Spillane. En cuanto a los clásicos... mi libro de cabecera es el Justine de Sade.

Samantha rió en cascabelera carcajada.

Deseosa de olvidar las anteriores horas de angustia.

—Bromeas, ¿verdad? Handley. Chase y Mickey Spillane son autores morbosos. Creadores de un mundo de violencia y ferocidad.

—¿De veras? No había reparado en ello. Cuando estudiaba periodismo tomaba cuatro veces al día el subway. A las horas punta. La línea BMT. En «metro expreso». Aquello sí era violencia.

Samantha volvió a reír.

—Eres un hombre extraño. Steve. Me gustaría conocerte mejor.

—No te lo aconsejo —McLeod vació el vaso de whisky. Consultó la esfera de su reloj de pulsera—. Bien... Ya es muy tarde. Y apuesto que necesitas descanso. Esta noche has hecho mucho ejercicio.

El recuerdo de las carreras por la Morgue borró la sonrisa en Samantha.

—No estoy cansada. Tampoco tengo sueño.

—Sigues en tensión. Al acostarte quedarás dormida de inmediato.

—Lo dudo. ¿Por qué no te quedas aquí. Steve? Tengo una habitación disponible. A estas horas de la noche difícilmente encontrarás un taxi.

—El subway no cierra.

—No quieres quedarte.

McLeod entornó los ojos.

—Me sorprende tu insistencia, Samantha. ¿No temes que pueda comportarme indecorosamente? Ya sabes que no soy un caballero.

—Eso no me preocupa. Las dos habitaciones del apartamento comparten un mismo cuarto de baño, pero puedo cerrar mi puerta. Quédate. Steve. Creo que tienes razón. Sigo en tensión. El saber que estás cerca me tranquilizará.

McLeod no lo dudó.

Le dolía todo el cuerpo.

Y estaba cansado.

Muy cansado.

—Okay.

—Gracias, Steve —una amplia sonrisa iluminó el rostro de Samantha—. ¿Quieres que te prepare algo de...? No. supongo que no deseas comer nada. ¿Un zumo de naranja?

—¿Tienes cigarrillos no mentolados? Es lo único que necesito.

—En mi dormitorio. Acompáñame.

Abandonaron el salón.

Pasaron a una habitación de mobiliario juvenil y alegre decoración. Predominaban los tonos claros.

Samantha abrió uno de los cajones del boudoir.

—Creo que por aquí... Sí... Aquí está.

Tendió a McLeod una cajetilla de «Pall Mail».

Steve McLeod, al alargar la mano derecha, crispó instintivamente las facciones. En una mueca de dolor.

—¿Qué te ocurre, Steve?

—Nada.... no tiene importancia. Secuelas de la paliza.

—¿Paliza? Te propinaron un solo golpe. Y creo recordar que fue en la cara. Sí, aún tienes el pómulo algo hinchado.

—Eso no es nada —sonrió McLeod, acariciándose la mejilla—, No me refiero a lo sucedido en la Morgue, sino en mi apartamento. Esta mañana. Dos policías me dieron un buen repaso.

Samantha parpadeó perpleja.

—¿Por qué?

—Simple contraste de pareceres. ¿Cuál es mi habitación?

La joven abrió una puerta.

Conducía a un amplio cuarto de baño con paredes de azulejo y vidriera corredera en la bañera.

Una segunda puerta comunicaba con la habitación contigua.

Similar en espacio a la de Samantha, pero menos amueblada y falta de los detalles que se prodigaban en la estancia femenina.

—¿Funciona el despertador? —Preguntó McLeod, señalando el reloj emplazado sobre la mesa de noche—. Mañana quiero salir temprano hacia Paddy Creek.

—Aún no me has dicho qué piensas encontrar allí.

—Ni yo mismo lo sé. ¿Funciona el reloj?

—Sí.

Quedaron en silencio.

Mirándose a los ojos.

Steve McLeod se inclinó besando con suavidad los labios de la muchacha.

—Buenas noches, Samantha.

—Adiós, Steve... Te cedo el primer turno en el cuarto de baño.

Samantha pasó a su habitación.

El característico deslizar del cerrojo hizo sonreír a McLeod. Permaneció poco tiempo en el cuarto de aseo.

Procedió a desvestirse.

Se acostó encendiendo la lámpara de la mesa de noche que sustituyó a la iluminación del techo.

Encendió un cigarrillo.

Pensativo.

Fue entonces cuando le llegó el ruido.

El chapotear del agua en la bañera.

Y aquello hizo que los negros pensamientos se desvanecieran de la mente de McLeod.

Reemplazados por la imagen de Samantha. Su desnudo cuerpo acariciado por el agua...

Steve McLeod esbozó una sonrisa.

Samantha era una muchacha encantadora.

Dio la última bocanada al cigarrillo ladeándose para aplastarlo en el cenicero. A tiempo de ver cómo se abría lentamente la puerta que comunicaba con el cuarto de baño.

Apareció Samantha.

Avanzó hacia el lecho.

Sin pronunciar palabra alguna.

Quedó enfocada por la lámpara de noche.

Aquello hizo aún más transparente la reducida negligé.

Su única prenda.

Samantha depositó sobre la mesa de noche un spray.

—Es muy bueno contra golpes y dolores musculares —murmuró la muchacha, sentándose al borde de la cama. Posó sus manos sobre el desnudo tórax de McLeod. Descendieron acariciadoras—. ¿Te duele mucho?

No esperó respuesta.

Sus labios, húmedos y temblorosos, buscaron los de McLeod.

Se unieron en largo y apasionado beso.

Samantha se incorporó tirando de los dos lazos anudados sobre sus torneados hombros. La vaporosa negligé cayó como una pluma a sus pies.

Steve McLeod tragó saliva.

Admirando la perfección de aquel cuerpo encarado a la luz de la lámpara.

Los senos empinados. Firmes. Coronados por erecto pezón marcadamente puntiagudo. Vientre liso con el adorno de un ombligo profundo y seductor. Caderas de suave curva. Juntos los largos y esbeltos muslos dejando asomar el ensortijado y sedoso vello.

Samantha, ruborosa por aquella penetrante mirada, apagó la lámpara para seguidamente compartir la sábana que cubría a Steve McLeod.

CAPITULO IX

Steve McLeod descendió del «Corvette». Bordeó el vehículo inclinándose hacia la ventanilla del conductor.

—Hasta pronto, Samantha. Te llamaré.

—Steve... ¿subo contigo?

McLeod sonrió.

Chasqueó la lengua.

—Debes velar por tu reputación, Samantha. Eso de subir al apartamento de un soltero está mal visto. Tampoco me permiten las visitas femeninas. Estoy rodeado de vecinos muy puritanos.

—Voy a...

—No, Samantha —McLeod impidió que abriera la portezuela del auto—. Ya le has molestado bastante acompañándome hasta aquí. Incluso te aconsejo que regreses a tu apartamento y vuelvas a dormir. Es muy temprano. No has dormido lo suficiente esta noche.

Un leve rubor coloreó las mejillas de Samantha.

—Me encuentro perfectamente. Steve. Jamás me he sentido mejor.

—Lo celebro, pero eso no cambia las cosas. Yo sólo voy a cambiarme de ropa y de inmediato emprendo viaje a Paddy Creek. Adiós, pequeña.

—¡Steve!...

—¡Te llamaré! —Exclamó McLeod, aproximándose al edificio—. ¡Y también te devolveré los quinientos dólares!

Minutos más tarde penetraba en el apartamento.

En el dormitorio, salón y demás dependencias era visible el desorden originado por el registro de Gregory y Barrie.

Steve McLeod procedió a un rápido afeitado, ducha fría y selección de vestimenta.

Se contempló en el espejo.

Chaqueta de cuero, camisa polo y pantalón de gabardina marrón.

Respiró con fuerza.

Sin sentir la menor punzada en el costado. El spray fue milagroso. El spray... o los cuidados de Samantha.

Avanzó hacia la mesa de noche apartando el mueble. En el suelo, y con ayuda de un cortaúñas, levantó uno de los ladrillos descubriendo un pequeño hueco.

Extrajo un envoltorio.

De reducido tamaño.

Contenía un revólver de corto cañón. Un «Smith & Wesson» calibre treinta y ocho Special. Con su correspondiente caja de munición. El cilindro ya estaba cargado con las cinco balas.

Guardó el arma en el bolsillo interior de la chaqueta para seguidamente abandonar el apartamento.

Al salir del edificio se enfrentó con la sonriente Samantha.

—¿Qué haces todavía aquí?

—Tu coche, Steve. ¿Olvidas que quedó frente a la Streep Editorial?

—Sí, lo sé. Cualquier bus «crosstown» me llevará a...

—Yo lo haré. Steve —interrumpió la muchacha, tirando del brazo de McLeod—. ¡Vamos!

Se acomodaron en el interior del «Corvette».

Samantha frente al volante.

Steve McLeod le dirigió una suspicaz mirada.

—Oye, Samantha... ¿no te estás tomando muchas molestias?

—En absoluto. Por ti sería capaz de lodo. Incluso cambiar de opinión y aceptar casarme contigo.

—¡Para o me tiro en marcha!

La joven rió jovial.

—Tranquilo. Steve. Era una broma, aunque... después de lo ocurrido ayer no resultaría mala idea.

—¿Qué ocurrió ayer?

—Abusaste de mí, Steve. Fui seducida.

—¿Que yo...? Eso tiene gracia. Resulta que yo...

McLeod se interrumpió.

Lanzó una mirada a izquierda y derecha.

Estaban circulando hacia el Holland Tunnel que unía Manhattan con Jersey City.

—¿Qué significa esto. Samantha? Te estás alejando de...

—Voy contigo a Paddy Creek. Ignoro qué buscas allí, pero sospecho que tu vida corre peligro. Y quiero compartirlo. Steve.

McLeod quedó en silencio.

Parsimoniosamente encendió un cigarrillo.

Aquel mutismo hizo que Samantha desviara momentáneamente la mirada del parabrisas posando sus verdes ojos en McLeod.

—¿No dices nada, Steve? Esperaba oír tus protestas.

McLeod exhaló una bocanada de humo.

Con inexpresivo rostro.

—Sí voy a decirte algo, Samantha. Suficiente para que al terminar el Holland Tunnel decidas dar marcha atrás y regresar a Manhattan. Te preguntas qué busco en Paddy Creek. Voy al encuentro de un cadáver.

Samantha forzó una sonrisa.

—Tratas de asustarme, ¿verdad?

—Te comenté la muerte de Elizabeth. Un accidente de tráfico. Aplastada por las ruedas de un vehículo. Debra y yo estábamos presentes. Contemplamos su destrozado cuerpo. Nada se pudo hacer por ella. Elizabeth pasó directamente al depósito de cadáveres. A la Morgue de Wilcox Road.

—Wilcox Road...

—Correcto. Debra me citó para enseñarme unas fotografías. Unas

fotografías que ella misma había realizado hace un par de días en una casa de campo de Paddy Creek. En esas fotografías aparecía Elizabeth Duvall... o alguien muy parecida.

Samantha sacudió la cabeza.

Fijó sus ojos en McLeod, aunque de inmediato volvió a posarlos sobre el parabrisas.

—¿Qué tratas de insinuar. Steve? ¿Qué Elizabeth no murió en el accidente?

—Sólo puedo decirte que en el centro anatómico forense se certificó su muerte. Y que su incinerado cadáver reposa en el cementerio. Debra y yo asistimos a la colocación de la urna que contenía sus cenizas.

—Entonces esa mujer fotografiada en Paddy Creek no puede ser Elizabeth. Se trata de alguien con parecido físico.

—Eso mismo argumenté a Debra, pero ahora ya no estoy tan seguro.

—¿Por qué no? Es ridículo pensar otra cosa.

—Las fotografías. Samantha. El asesino se las llevó del apartamento de Debra.

Las manos femeninas aferraron instintivamente el volante.

Volvió a forzar una sonrisa.

—¿Estás seguro. Steve? Tú dejaste a Debra con vida. Puede que ella escondiera las fotografías o decidiera...

—Debra las rompió arrojándolas a la papelera del salón. Y ahora no están allí.

—Pudo quemarlas después de tu marcha.

—Cuando abandoné el apartamento Debra quedaba en la cama. Casi dormida. Las fotografías seguían en la papelera. Debra murió sobre el lecho. No se levantó. No tengo dudas, Samantha. El asesino se llevó las fotografías. ¿Por qué? Eso es lo que me intriga y quiero averiguar. Sospecho que asesinaron a Debra precisamente por haber realizado esas fotografías. Por identificar en ellas a Elizabeth Duval.

—Es... es absurdo.

—¿De veras? ¿Qué me dices de lo ocurrido en la Morgue? Iban a por mí. Hay personal del depósito de cadáveres involucrado en el caso. El tal Jason Walter... Si investigo descubriré que también estaba de servicio el día en que llevaron a Elizabeth.

—¡Por el amor de Dios, Steve!... ¿Dónde quieres llegar? ¿Cuál es tu descabellada hipótesis?

—No tengo ninguna. Samantha. Sólo sé que en la Morgue de Wilcox Road ingresó un cadáver. Y al día siguiente asistí al entierro de una que contenía las cenizas de Elizabeth, aunque... ¿eran en verdad sus cenizas?

—De acuerdo. Steve. Supongamos que Elizabeth no murió. Que lograra salvar la vida. ¿Cómo la fotografió Debra? ¿Dentro de esa casa de campo? ¿Acostada? ¿En una silla de ruedas...?

—Paseando por un jardín.

Samantha rió en nerviosa carcajada.

—¡Paseando por un jardín! Una mujer con el cuerpo destrozado no se recupera en un par de meses.

—Yo no creo en fantasmas ni muertos vivientes, Samantha; pero sé que algo monstruoso envuelve la muerte de Debra... y quiero descubrirlo.

—Y la respuesta está en...

—En Paddy Creek. En... la mujer de las fotografías.

* * *

Paddy Creek.

A pocas millas de Jersey City. Una desviación de la autopista de Trenton. Una zona paradisíaca pródiga en bosque, verdes valles y cristalinos arroyos.

—Lo lamento, señor. No conozco a ningún Charles Williams. ¿Por qué no pregunta a Lester? Es el muchacho que le está llenando el tanque del auto.

McLeod hizo una mueca.

Ya había preguntado al tal Lester.

Una de las camareras del snack, una mujer de voluminosos y balanceantes senos, se aproximó al taburete ocupado por McLeod.

—¿Buscas a Charles Williams?

—En efecto —asintió Steve McLeod, esperanzado—, ¿Le conoces? Es un buen amigo mío. Sé que vive en una casa de campo de Paddy Creek, pero no me concretó más. Son muchas las urbanizaciones de por aquí y no consigo localizarle.

—Charles Williams es uno de los ayudantes del doctor Rawlins. Le conocí casualmente en The Snake. Un night club de la autopista de Trenton. Suele frecuentarlo una vez a la semana. Tiene poco tiempo. Siempre trabajando con el doctor Rawlins.

—¿Te refieres al doctor Karl Rawlins?

La mujer arqueó las cejas.

Dirigiendo a McLeod una suspicaz mirada.

—¿No eres amigo de Charles? Según él lleva años con el doctor Karl Rawlins.

—Sé que trabajaba en una de las clínicas del doctor Rawlins —mintió McLeod, con aplomo—; pero creí que esta casa de campo era para su recreo y descanso,

—Todo lo contrario. La casa es del doctor Rawlins. A la salida de Paddy Creek encontrarás dos bifurcaciones. Toma la de la izquierda. Recorridas unas trescientas yardas un ramal, también a la izquierda, te conducirá hasta la casa. Es la única de la zona.

—Gracias.

Los exultantes labios de la mujer hicieron un sensual mohín.

—Dale recuerdos de parte de Sally. Me tiene muy abandonada.

—Se lo diré.

Steve McLeod abandonó el snack.

Samantha, al volante del «Corvette», ya había estacionado en la carretera. Fuera del surtidor de gasolina.

—Fiemos tenido suerte. Samantha.

—Magnífico. ¿Qué camino emprendemos?

—¿Sigues decidida? Este es un buen motel. ¿Por qué no me esperas aquí?

—Te acompaño.

McLeod se reclinó en el asiento.

—Okay. Puede que así no resulte Ian sospechoso. Seremos una pareja de periodistas que quieren entrevistar al doctor Rawlins.

—¿El doctor Rawlins? ¿El famoso neurocirujano?

—¡Ahá!

—¿Qué relación guarda con todo esto?

—La casa de campo que buscamos pertenece al doctor Rawlins.

Samantha inició la marcha del «Corvette».

Con una sonrisa en los labios.

—¿Y aún quieres seguir tú. Steve? ¿Imaginas al doctor Rawlins en algo turbio?

McLeod no contestó.

Prefirió no hacerlo.

Su respuesta hubiera escalofriado a Samantha.

El mismo se estremecía de sus propios pensamientos.

CAPITULO X

Una casa aislada.

Cercada por frondosos árboles. En lo alto de una boscosa montaña. Una casa de dos plantas. De moderna construcción y original porche que protegía toda la fachada principal. A poca distancia el garaje.

Un asfaltado sendero atravesaba el jardín hasta los mismos escalones del porche.

El «Corvette» se detuvo con suavidad.

—¡Esto es maravilloso, Steve! —Exclamó Samantha, saltando del auto—. ¡Un paraíso!

Los ojos de McLeod trazaron una semicircular mirada.

Desde la fachada de la casa a la piscina. Descubrió las sillas y la mesa jardín donde Debra realizara las fotografías.

—No parece haber nadie...

—¿Todo el claxon, Steve?

—No. Llamaré a la puerta.

Subieron los escalones del porche.

Mientras McLeod pulsaba el llamador, la muchacha fijó su mirada en la azulada agua de la piscina. El sol producía sobre la superficie dorados destellos.

—De buen grado me daba un baño... Hace calor, aunque esta brisa es tonificante.

—Prefiero la contaminación de Manhattan —dijo McLeod, pulsando de nuevo el llamador—. No parece sonar...

—Déjame a mí...

Samantha golpeó la hoja de madera con los nudillos.

Retrocedió instintivamente al ver abrirse la puerta con lentitud.

—Tranquila, Samantha —rió McLeod—. No hay fantasmas. Tú has empujado la puerta el llamar... ¿Hay alguien en la casa?

La exclamación de Steve McLeod no recibió respuesta.

Sólo una especie de extraño eco extendió su voz por todos los rincones de la casa.

—Steve...

—¿Sí?

La muchacha se aferró al brazo derecho de McLeod.

—Ya... ya no me parece todo tan maravilloso.

Steve McLeod, en el living, descubrió al fondo la escalera que conducía al piso superior.

La escalera.

Allí fue, en el más alto de los peldaños, donde Debra Sagal vio aparecer a...

—Sígueme. Samantha.

—¿Dónde... dónde vamos?

—Echaremos un vistazo por la casa. Empezando por el piso.

—Pueden acusarnos de allanamiento de morada. Steve. No es prudente que...

McLeod ya estaba junto al pasamanos de la escalera.

Y Samantha, acallando sus protestas, corrió tras él.

Subieron a la primera planta.

Steve McLeod se detuvo unos instantes apoyado en la baranda. Contemplando el hall. En espera de que surgiera alguien.

No fue así.

El silencio era total.

McLeod abrió la primera de las puertas del corredor.

Una habitación. Un dormitorio. Con cama de dosel de artístico diseño. Con oscuro edredón. Igualmente en tonos lóbregos los cortinajes del ventanal: no obstante la fuerte iluminación del sol llenaba de luz la estancia.

Lo suficiente para ver a la mujer.

Sobre la cama de dosel.

Encima del bien ajustado edredón.

Completamente desnuda.

Una muchacha de bellas facciones. De sedoso pelo. Tenía los ojos abiertos. Fijos. Muy fijos...

McLeod avanzó lentamente.

No se percató de la presión ejercida por las manos de Samantha cerradas en torno a su brazo derecho.

—¿Está... está muerta?

Steve McLeod entreabrió los labios.

Quiso hablar.

Responder a la pregunta de Samantha, pero un nudo en la garganta, un súbito terror, le impedía articular palabra.

Fue Samantha la que reaccionó soltándose para acercarse más la cama de dosel.

Extendió la zurda.

Pasando la palma de la mano a escasas pulgadas de aquellos abiertos ojos.

—Está muerta, Steve.

Samantha giró.

Percatándose entonces de las pálidas facciones de McLeod.

Y creyó adivinar lo que le paralizaba.

—¿Es... es ella. Steve?

—Sí.

—¿Estás seguro? ¿Crees en verdad que se trata de Elizabeth Duvall?

—Su pelo, sus ojos, sus facciones...

—Puede ser un asombroso parecido físico. Steve. Recuerda que el coche le aplastó el pecho, le reventó el vientre... Fíjate en su cuerpo. Ninguna cicatriz. Ninguna herida.

La palidez se acentuó en McLeod.

—Lo sé. Y eso es precisamente lo que aterroriza. Samantha.

—¿Por qué? Demuestra que no se trata de Elizabeth.

Steve McLeod movió la cabeza de un lado a otro.

Lentamente.

Con la mirada fija en el cadáver femenino.

—Es ella. Samantha. No hay duda. Elizabeth Duvall. Esa... ésa es su cabeza.

Samantha también palideció.

—¿Su cabeza? ¿Qué quieres decir?

—Esa es la cabeza de Elizabeth Duvall —dijo McLeod, con ahogada voz —. El resto del cuerpo no le pertenece. Ese no es el cuerpo de Elizabeth.

* * *

Samantha comenzó a reír histérica.

—Estás equivocado. Steve... ¡Tienes que estar equivocado! ¡No puede ser cierto!

—Conocía bien a Elizabeth —murmuró McLeod, encendiendo nerviosamente un cigarrillo—. Ese no es su cuerpo.

Tenía los pechos más voluminosos. Las piernas más largas. Sus manos... Fíjale en esas manos. Dedos cortos. ¡Elizabeth tenía dedos de pianista!

—¿Quieres volverme loca. Steve? ¿No comprendes que eso es aburrido? ¡Esta mujer no es Elizabeth!

—Tengo mi hipótesis. Samantha. Empiezo a sospechar que...

El súbito grito de la muchacha enmudeció a McLeod.

Un espeluznante alarido de terror que fue en crescendo hasta que se quedó sin aliento.

Steve McLeod giró con rapidez.

Siguiendo la horrorizada mirada de Samantha.

Un hombre estaba bajo el umbral de entrada a la habitación.

Un individuo de unos cuarenta años de edad. De rojizo rostro. Facciones rígidas. Acartonadas. Sólo sus ojos parecían tener vida.

Vestía pantalón oscuro y abierta camisa a cuadros. Una bufanda de seda le envolvía el cuello.

Steve McLeod se había apoderado del revólver.

El «Smith & Wesson» encañonaba al individuo.

—¿Quién eres tú?

El hombre parpadeó.

Como si no comprendiera la pregunta de McLeod.

Avanzó.

Con torpe paso.

Con un caminar lento. Arrastrando los pies. Como un androide. Todos sus movimientos, aun los más leves, eran mecánicos y vacilantes.

El individuo contempló el cadáver.

—Está... está muerta...

—En efecto —dijo McLeod—. Muerta. ¿.Quién es? ¿Cómo se llama esa mujer? ¿La conoces?

El hombre hizo una mueca.

Como si quisiera sonreír.

—No lo sé... sufría mucho... al igual que yo... Los dolores son tremendos... dolores horribles...

—¿Quién eres tú?

—Yo... yo tampoco la quiero...

Steve McLeod arqueó las cejas.

Aquel individuo estaba loco.

—¿A quién te refieres?

—No... no la quiero... ella tampoco la quería... No es mía, ¿sabes?

McLeod y Samantha intercambiaron una mirada.

Compartiendo un mutuo terror.

—¿De qué diablos hablas? —Inquirió McLeod, perdiendo el control de los nervios—. ¡Responde!

El hombre llevó lentamente sus manos al cuello.

—La cabeza —dijo despojándose de la bufanda—. ¿No lo ves? Esta cabeza no es mía.

CAPITULO XI

Una franja verdosa.

Purulenta.

Cicatrices en zigzag. Entrelazadas.

Como una repulsiva cinta de llagada piel que se cenia en torno al cuello del individuo.

—Quiero... quiero mi cabeza...

Steve McLeod estaba inmóvil.

Sin reaccionar.

El terror también había silenciado todo grito en Samantha.

Sólo se escuchaba la voz del individuo.

—Mi... mi cabeza... ¡Devuélveme mi cabeza!

El hombre avanzó.

Lenta, pero amenazadoramente.

Cada movimiento resultaba espeluznante. Aquella franja de carne viva palpitaba viscosa. Como un flan. Era como si la cabeza fuera a caer de un momento a otro.

Steve McLeod guardó el revólver.

Tomó la mano de Samantha.

—Vamos a salir de aquí, Samantha. A todo gas. Ya hemos visto bastante.

—Pero...

—No te preocupes por este pobre desgraciado. Su torpeza de movimientos le hace inofensivo. ¡Salgamos de aquí!

Se precipitaron hacia la puerta.

Fue una corta carrera.

Dos individuos subían por la escalera. Uno de ellos con una «Magnum» en la mano.

McLeod se detuvo.

—No lo intentes. McLeod —advirtió el individuo de la «Magnum»—. No te lo aconsejo.

Steve McLeod interrumpió el iniciado ademán de sacar el «Smith & Wesson».

Un tercer individuo surgió a su espalda.

Procedente del fondo del corredor.

—Desármale. Bruce.

Bruce Heller cumplió la orden.

Con el «Smith & Wesson» en la zurda se aproximó a la pálida Samantha.

Los saltones ojos de Heller devoraban el cuerpo femenino.

Dejó oír su gutural voz.

—¿Y tú, nena? ¿Llevas armas?

Samantha denegó con repetido movimiento de cabeza.

El pánico que se reflejaba en el rostro de la muchacha hizo reír a Bruce

Heller.

—¿De veras? Debo cerciorarme de ello... No hay que fiarse de las mujeres. Es un consejo de mi padre que siempre sigo.

El de la «Magnum» y su compañero cercaron a McLeod.

Cortándole el paso hacia Heller.

—No seas idiota. McLeod —dijo el de la pistola—. Permítele al doctor Heller ese capricho. Ninguna mujer merece que se arriesgue la vida por ella.

Steve McLeod apretó con fuerza las mandíbulas.

Contempló impotente como Bruce Heller deslizaba su mano derecha por los senos de Samantha para seguidamente acariciar los muslos y la entrepierna en fingida búsqueda de armas.

—Todo en orden, muchachos —rió Heller—. Llevadles con el doctor Rawlins. El decidirá. Voy a ponerle una inyección a Morley y me reuniré con vosotros. El pobre Morley se ha alterado. Toma el revólver. Ralph.

Ralph Wyler, un individuo atlético y de inexpresivas facciones, encañonó a McLeod con el «Smith & Wesson».

—Las manos sobre la cabeza. McLeod.

—¿Qué significa esto? Nosotros no...

—¿Has oído eso. Charles? Se hace el despistado. Demasiado sabes lo que significa esto, entrometido. Por circuito de televisión hemos seguido vuestros pasos desde el momento de pisar el jardín. ¡Abajo!

McLeod y Samantha comenzaron a descender la escalera.

Seguidos de los dos individuos.

Entre el living y la escalera un amplio hall.

Charles Williams se adelantó abriendo una puerta bajo la escalera.

—Vamos a enseñaros la bodega —sonrió Ralph Wyler—, Es muy original.

Una artística escalera de caracol les condujo al sótano.

En efecto.

Una bodega.

Botellas cuidadosamente clasificadas en estanterías y armarios.

Ralph Wyler pulsó un oculto resorte que hizo abrir por su mitad uno de los armarios descubriendo una entrada secreta.

Steve McLeod parpadeó.

Un asombro compartido por la atemorizada Samantha.

Ante sus incrédulos ojos apareció el más sofisticado de los quirófanos. Una amplia sala circular iluminada por potentes focos. Dividida por paredes de cristal. Departamento con autoclave de esterilización, negatoscopio, aparato de anestesia, mesa de operaciones, mesita de instrumental, bisturí eléctrico...

Un individuo tras una mesa de laboratorio. Rodeado de probetas, tubos de ensayo y matraces.

Steve McLeod le reconoció.

Su fotografía aparecía con frecuencia en las revistas médicas.

Karl Rawlins. El más ilustre de los neurocirujanos norteamericanos. Un hombre de unos sesenta años de edad. Cabello canoso. Al igual que su bien

cuidada barba. Se cubría con una bata blanca.

Alzó la mirada.

Fijando sus diminutos ojos en los recién llegados.

—Profesor Rawlins... Quiero presentarle a Steve McLeod y su bella acompañante —dijo Ralph Wyler, muy sonriente—. Nos han honrado con su visita.

La sonrisa no fue compartida por Karl Rawlins.

—Matarles y enterrarles en el jardín.

—Por favor, doctor... Hay que ser más hospitalario.

El rostro de Rawlins, entrecruzado por marcadas arrugas, reflejó una despectiva mueca.

—Escucha, Ralph. No estoy de humor para bromas. Este es un problema originado por tu infantil comportamiento. Tuyo y de mi ayudante el doctor Williams. De no haber invitado a aquellas dos furcias a la casa nada hubiera ocurrido.

—No es justo con nosotros, doctor —protestó Charles Williams—. Estamos aquí recluidos día y noche. Fue una fea jugada del destino. ¿Quién podía imaginar que Debra Sagal conocía a Elizabeth Duval? Afortunadamente se descubrió la falta del carrete fotográfico y se actuó a tiempo.

Ralph Wyler se adelantó.

Con crispado rostro.

—Deja de justificarte. Charles. El único error lo ha cometido usted. Rawlins. Permitiendo que ese loco de Heller se encargara de eliminar a Debra. Era un trabajo mío. Yo soy un profesional del crimen.

—¿Acaso el doctor Heller lo ha hecho mal? Esa tal Debra está muerta y las fotografías destruidas.

—Tengo contactos con la policía —dijo Ralph Wyler, con suficiencia—. El asesino de Debra dejó su tarjeta de visita. Están buscando a un médico o avanzado estudiante de Medicina. Heller utilizó el escalpelo con extraordinaria precisión. Está loco. Se ensañó con el cadáver. Violó a la mujer y...

Karl Rawlins salió de la mesa laboratorio.

Con siniestro brillo en sus ojos.

—Para ser el hombre de confianza de Samuel Corbett no demuestras muchas cualidades. Ralph. Sospechaste que Debra se comunicó con su buen amigo Steve McLeod. ¿Y qué? McLeod sigue con vida. El ataque en la Morgue fracasó. Tú enviaste allí a dos de tus hombres. Y los dos, junto con Jason Walter, fracasaron.

—Yo mismo haré de verdugo.

—Gracias a la estupidez de McLeod metiéndose en la boca del lobo —masculló Rawlins—. Llevároslos y terminar de una vez.

—Está irritado por su fracaso, ¿no es cierto, doctor? Elizabeth ha muerto. Casi dos meses después del trasplante. La noticia no gustaría a Corbett.

—Tu misión es la de seguridad. Ralph. Limítate a ella. Y no me molestes

más.

—¿Procedo a liquidarles?

—Por supuesto.

Ralph Wyler se encogió de hombros.

—Creí que tal vez podía utilizarles. Son dos donantes en potencia. Máxime ahora que ya no contamos con la complicidad de Jason Walter en la Morgue. Ha emigrado fuera de los Estados Unidos. ¿Dónde conseguiremos cadáveres?

El doctor Rawlins entornó los ojos.

Fijos en McLeod y Samantha.

—Es cierto...

Steve McLeod forzó una sonrisa.

—Oiga, doctor... ¿Qué significa todo esto?

—¿No lo sabe?

—Tengo algunas ideas, pero me parecen demasiado descabelladas. Demasiado... monstruosas.

—Nada hay monstruoso en la ciencia —argumentó Rawlins, severamente —. Yo soy un científico. El mejor neurocirujano del mundo. El pasado año rechazaron mi candidatura al Nobel. ¿Motivo? Mis avanzadas ideas en trasplantes. Samuel Corbett sí las comprendió. ¿Has oído hablar de Samuel Corbett?

—Seguro. Samuel Corbett, el bastardo número uno en USA. El capo más importante de la mafia neoyorquina. Según mis noticias tiene los días contados. El FBI le está cercando.

Karl Rawlins rió en sonora carcajada.

—Ha acertado de pleno. McLeod. Los días contados... y no por la intervención del FBI. Samuel Corbett tiene un cáncer incurable. Un tumor maligno en el cuerpo. Conocedor de mis avanzadas ideas sobre trasplantes de cabeza se puso en contacto conmigo. Cinco millones de dólares. ¿Qué le parece. McLeod?

—Temo no comprender...

—Oh, sí... Lo ha captado perfectamente. Corbett me pagaría cinco millones de dólares por el trasplante de su cabeza. Llevo años experimentando con éxito en monos. Ahora lo hago con hombres y mujeres. Elizabeth Duvall fue la primera víctima seleccionada. Proporcionada por Jason Walter, empleado de la Morgue y en complicidad con la empresa de pompas fúnebres. La cabeza de Elizabeth y el cuerpo de otra... donante. Lamentablemente no ha llegado a tiempo de ver los resultados. Fue un gran éxito. McLeod. Durante dos meses Elizabeth Duvall convivió con otro cuerpo. Sin rechazo alguno. Sólo los lógicos dolores que estoy tratando de eliminar.

—¿Loco? ¡Soy un científico! ¡No deben existir obstáculos para la ciencia! ¡Ningún prejuicio científico ni ético! Merced a prolongados estudios y experimentos he conseguido unir satisfactoriamente la médula espinal una vez seccionada. Mis ensayos con monos me han permitido investigar el

comportamiento del cerebro sobre el cuerpo después de seccionados todos los nervios que unen a la cabeza con el tronco y también cómo influye el cuerpo sobre el cerebro; todo ello es posible sin que entren en relación con el sistema nervioso del tronco extraño cosido a la cabeza. Yo lie logrado lo que parecía imposible. Unir la médula espinal, conductora del cerebro, una vez cortada. La muerte de Elizabeth no me desanima. Seguiré investigando.

McLeod parpadeó.

Aturdido.

Impresionado por aquella revelación.

—¿No lo comprende, doctor Rawlins? Le están utilizando, Usted es un científico ilustre. Samuel Corbett es uno de los magnates del crimen. Un...

—Corbett corre con todos los gastos de mis investigaciones —interrumpió Rawlins—. Sin reparar en ellos. Ambos vamos a salir beneficiados. Cuando logre averiguar las causas del rechazo, eliminar los dolores, todos los colegas que ahora me repudian me alabarán. Y Samuel Corbett no sólo conseguirá un cuerpo sano y fuerte; sino que burlará a la justicia. Su cabeza unida a un cuerpo atlético. Controlando un cuerpo sano. Con otras huellas dactilares... Samuel Corbett burlará al FBI y a sus propios compañeros de la Mafia.

—Es... es... monstruoso...

—¿Monstruoso? —Rió nuevamente el doctor—. Todo lo contrario. McLeod. ¡Es ciencia! Hace más de cinco años cosí la mano del doctor Heller. Un accidente se la seccionó de cuajo. Fue un buen trabajo. Pero ahora lo considero una chapuza. Elizabeth Duvall fue mi mejor obra. El trasplante de cabeza no sólo resultó perfecto, también los cosidos, complementados con injertos de piel, fueron inapreciables. Ahora tengo nuevo material para proseguir mis experimentos. Tú y esa bella joven. Buscaremos otros donantes. Ralph Wyler me proporcionará dos cadáveres. Una cabeza y un tronco. Eso es lo que se necesita. Mc queda un trasplantado con vida. Jack Morley. Lamentablemente la operación le ha afectado. Se ha vuelto loco. Su cuerpo rige sobre la cabeza. No coordina las ideas. Echa en falta su primitiva cabeza.

—Ya estoy aquí —dijo Bruce Heller, penetrando en la circular sala—. He dejado a Morley durmiendo como un...

Steve McLeod se abalanzó sobre el recién llegado.

Heller portaba en su diestra un revólver, pero no en posición de tiro.

McLeod se lo arrebató con facilidad merced al factor sorpresa. Se escudó con el cuerpo de Heller.

Sonaron dos disparos.

Al unísono.

Steve McLeod percibió la sacudida en el cuerpo de Heller. Acusando la bala disparada por Ralph Wyler.

McLeod había correspondido al fuego.

Disparando a la cabeza de Wyler.

Alcanzándole entre ceja y ceja.

Con leve movimiento de muñeca desvió el cañón.

Adelantándose a Charles Williams que había sacado de la funda sobaquera una automática. El impacto sobre el pecho le proyectó contra la mesa laboratorio. Rebotó cayendo de bruces.

Bruce Heller había recibido el balazo en el vientre. Retorciéndose de dolor se arrastró tendiendo su mano hacia la caída automática de Williams.

Steve McLeod esbozó una fría sonrisa.

Permitió que la crispada mano de Bruce Heller aferrara la culata del arma. Incluso que alzara levemente el cañón.

Y entonces apretó el gatillo.

Dos disparos.

Uno de ellos en recuerdo de Debra Sagal.

Los dos proyectiles desfiguraron el rostro de Bruce Heller.

Quedaban otras dos balas en el cilindro.

Steve McLeod encañonó al doctor Rawlins.

—No... no dispare...

McLeod volvió a sonreír.

En implacable mueca.

Su dedo índice se curvó sobre el gatillo.

—No, Steve —murmuró Samantha, casi sin voz—. No lo hagas... Avisaré a la policía...

McLeod mantuvo el brazo derecho extendido.

Con el negro cañón del revólver apuntando a Karl Rawlins.

De nuevo la voz de Samantha.

—No. Steve.... por favor...

McLeod bajó lentamente el cañón del arma.

Dejando a la justicia el trabajo de castigar al diabólico doctor Rawlins.

EPILOGO

Samantha situó el vaso de whisky sobre la mesa.

Se acomodó en el sofá junto a McLeod.

—¿Qué piensas hacer. Steve?

McLeod exhaló una bocanada de azulado humo.

—¿A qué te refieres?

—Demasiado lo sabes Hablo de todas las cartas que has recibido. Son varios los periódicos que te ofrecen un puesto de trabajo.

—Oh, sí... Incluso la Streep Editorial ha tenido la desfachatez de sugerirme que les escriba una novela sobre los experimentos del siniestro doctor Karl Rawlins.

—Te has convertido en un hombre popular. Steve. ¿Qué me dices del FBI? Te han felicitado públicamente. A los cargos que ya tenían contra Samuel Corbett han unido los de complicidad y apoyo en los macabros experimentos del doctor Rawlins. Le han encarcelado y...

—¡Al diablo con todos! —maldijo McLeod, vaciando el vaso de whisky.

—¿Qué te ocurre. Steve?

—¡Estas cartas!... ¡Todas estas cartas!... Malditos sean... Me contratan ahora para vender ejemplares. Eso es lo que buscan.

—¿Estás seguro? Algunas propuestas sí lo mencionan, pero otras no hablan para nada del doctor Rawlins.

—Responderé a ésas. Aceptaré trabajar quedando al margen de lo sucedido. Ajeno a la historia del doctor Rawlins.

—Dudo que puedas permanecer al margen. Steve. Tampoco yo podré olvidar lo ocurrido. Nadie lo podrá olvidar. Quedará en los anales del crimen como el más horripilante de los sucesos. Como advertencia de que el hombre no debe sobrepasar ciertos límites. Terminaría dominado por la locura.

—Yo sí deseo olvidar lo ocurrido. Samantha. Alejarme de tanto horror y maldad. Me gustaría encontrar uno de esos mundos irreales de tus novelas románticas.

—Búscalo conmigo, Steve.

Se miraron a los ojos.

Samantha aproximó lentamente su rostro.

Con los labios entreabiertos.

En demanda de un beso que de inmediato recibió.

—Samantha... Samantha... te necesito...

—Estaré a tu lado. Steve... Siempre...

Volvieron a unir sus labios.

Ahora más apasionadamente.

Besándose una y otra vez.

La felicidad se reflejaba en los ojos de Samantha.

Y Steve McLeod no la dejaría escapar.

FIN